

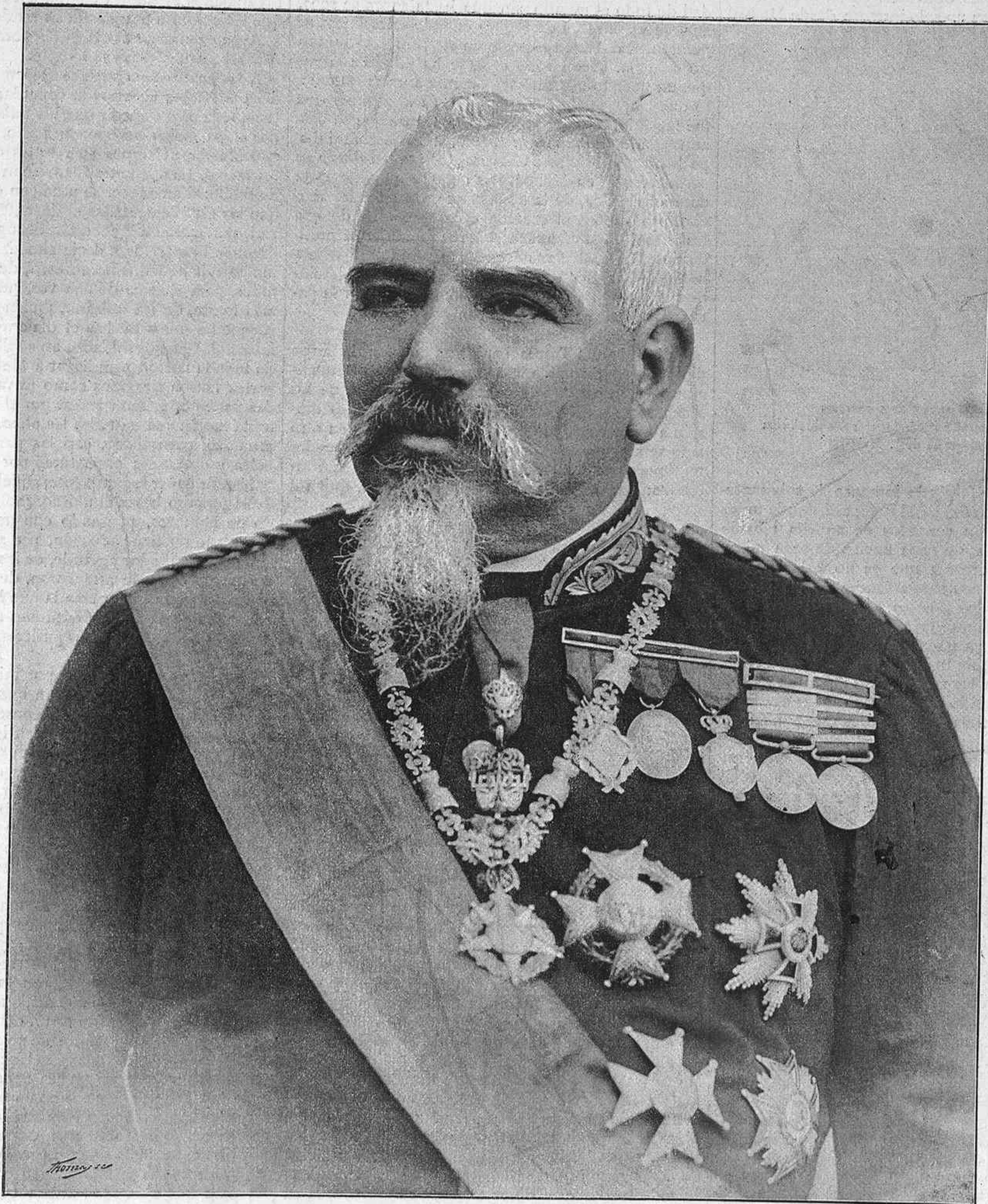
# La Ilustración Artística

AÑO XII

BARCELONA 11 DE DICIEMBRE DE 1893

NÚM. 624

Con el presente número repartimos á nuestros suscriptores el tomo primero de la obra de D. Ricardo Palma  
TRADICIONES PERUANAS, con ilustraciones de Nicanor Vázquez



EXCMO. SR. D. ARSENIO MARTÍNEZ CAMPOS, general en jefe del ejército de Africa

(De fotografía de D. J. Martí)



## SUMARIO

**Texto.** — *Los sucesos de Melilla. Crónica de la guerra*, por M. Martínez Barriónuevo. — *Gibraltar*, por X. — *D. Gil Escardillo, diputado á Cortes por Cabeza Baja*, por C. Frontaura. — *Nuestros grabados.* — *La Pola* (conclusión), novela original por Eva Canel, con ilustraciones de J. Cabrinety. — *El servicio de Correos en China.* — Libros recibidos.

**Grabados.** — *Excmo. Sr. D. Arsenio Martínez Campos, general en jefe del ejército de Africa.* — *D. Miguel Martínez Campos, D. Rafael Moreno, y D. Laureano del Busto*, ayudantes del general en jefe del ejército de Africa. — *Fuerte de Rostrogordo. Kabilas del Rif.* — *Vistas de Gibraltar*, dos grupos con seis grabados. — *Jefe de la ambulancia enviada á Melilla por la Cruz Roja de Madrid.* — *Un día de audiencia*, copia del cuadro de J. Jiménez Aranda. — *Los tenientes generales Sres. D. José Chinchilla y Onate y D. F. Primo de Rivera.* — *El general de división Excmo. Sr. D. Manuel Mañas.* — *Sres. jefes y oficiales del regimiento de infantería de Toledo núm. 35.* — *El niño Raul Fausto Capablanca*, notable ajedrecista.

## LOS SUCESOS DE MELILLA

### CRÓNICA DE LA GUERRA

## V

Martínez Campos llegó á Melilla después de aquella serie de ovaciones obtenidas en su marcha, sin que se interrumpiesen un solo instante, desde Madrid



D. MIGUEL MARTÍNEZ CAMPOS  
ayudante del general en jefe del ejército de Africa  
(de fotografía de J. Martí)

al africano suelo; lo febril, lo inmenso, lo sobrenatural de la expectación fué en Málaga; allí, donde todos los espíritus parecían cansados de aquella tensión perenne de cada día, de cada noche, de cada minuto; allí, donde se creyera que ya no había pechos para aclamar, ni manos para aplaudir, ni ojos que llorasen, ni flores en los huertos para arrojarlas á las tropas que iban á la guerra; allí, donde creíase imposible que hubiese ya nada de esto, en fuerza de lo que ya se aplaudió, de lo que ya se lloró y de las flores que llenaron ya las calles como alfombra blanda tendida para el soldado español, hubo más aplausos, más vivas, más lágrimas y más flores que nunca: fué un delirio, un frenesí; el corazón desbordábase con aquel torrente de llamas de las imaginaciones andaluzas, aquel sol plácido de noviembre, aquellas caricias bienhechoras del aire que gime y aquel eterno color azul de las alturas. En los círculos, en las



D. RAFAEL MORENO  
ayudante del general en jefe del ejército de Africa  
(de fotografía de J. Martí)

calles, en el hogar, en los balcones, en las ventanas — aquellas ventanas clásicas de tiestecillos, entre cuyas hojas infiltrase el relámpago de los ojos de la malagueña, — en todas partes y en todos los tonos se lanzó la misma nota: la del placer infinito que pro-

dujo la noticia de ser nombrado el general para el ejército de Melilla.

Después de esto y aparte del entusiasmo de todas las poblaciones de España, que no cesa, levantándose más á cada segundo — con la despedida de los soldados al campo de operaciones, — después y aparte de esto, digo, nada ocurre en algunos días que merezca notarse; hay que poner en duda, como siempre, toda esa acumulación de telegramas, gacetillas y artículos, de que es imposible hacerse eco por temor de que después haya uno ayudado á propalar perjudiciales y estrambóticas fantasías; lo que hay seguro es que Martínez Campos conferenció inmediatamente con el príncipe Araaf; que mantuvo éste sus súplicas de que los moros continuasen en su comercio con Melilla y sus afirmaciones de que trabajaba para la sumisión completa de algunos rifeños intransigentes, que son los que soliviantan y enardecen á los demás; que Martínez Campos se negó á todo de una manera rotunda, como lo hizo Macías desde el principio; que concedió el general un plazo de veinticuatro horas al príncipe para que se internase en el interior, ó se amparara en nuestro campo, porque él empezaría inmediatamente de cumplido el plazo las operaciones para el avance; que cumplido el plazo las operaciones dieron comienzo con gran expectación y ansiedad de todo el mundo, sin que hasta ahora se sepa, aunque ya se sabrá de seguro cuando estas líneas se publiquen, si Araaf se quedó en el Rif ó pasó á nuestro campo... Y con todo esto, se ha sabido á la vez que un penado maltratado torpemente á un moro adicto nuestro; que se le formó sumaria al punto y que fué fusilado; de aquí resultó la orden de que se desarmase á *la partida de la muerte*, la más hermosa disposición que Martínez Campos pudo tomar desde su corta estancia en Melilla, por aquello que dije en la anterior crónica, de la tristeza que, sin ahondar mucho, produce en el corazón el pensamiento de que los héroes de la campaña del Rif fueran unos presidiarios. De formarse la partida, lo mismo se hubiera podido formar con hombres del ejército. El ejército disciplinado y noble es el que debe pelear por la patria; los presidiarios, á presidio.

Sidi-Mohamet Torres envía una circular al cuerpo diplomático; recomienda con mucho miedo gran circunspección para que se evite en lo posible que los súbditos de las respectivas naciones puedan dar ocasión á encuentros con los naturales del país; en otro lado se asegura terminantemente que el emperador no tiene ganas de hacer sacrificios para castigar á los rifeños; que espera con el mayor reposo á que los



D. LAUREANO DEL BUSTO  
ayudante del general en jefe del ejército de Africa  
(de fotografía de J. Martí)

castiguen los españoles, como lo hace Francia con los argelinos cuando precisa... Por lo demás, la actitud de los moros hasta hoy no puede ser más seráfica, y hay en el mismo campo español quien cree que se construirá el fuerte Auriach sin que sea preciso sostener combate alguno. Martínez Campos no cesa mientras tanto en sus aprestos; prepárase todo, y el día 30 empiezan las obras, colocando antes las tropas de este modo: una guerrilla delante del fuerte, pero sin traspasar el límite de nuestro campo; una compañía de ingenieros está en el lugar mismo en que el fuerte ha de ser emplazado, para que reanuden las obras; á esta compañía de ingenieros le ayudan cien penados; una brigada, la del general Ortega, colócase en las avanzadas del fuerte de Camellos; refuerza la brigada una batería de montaña; otra brigada, la de Monroy, está dispuesta entre los fuertes de Cabrerizas, protegiendo con esta colocación la margen derecha del río del Oro; el reducto X está defendido por una batería, y tres piezas de Santiago hay en los tres reductos Y; la brigada del general Ribera, que cumple la orden del día, está de reserva en Camellos, y los regimientos de la Constitución, Canarias y Santiago

quedan en la llanura. Todo el mundo está dispuesto, con raciones dobles, material de sanidad y cuanto se necesita, en fin, para emprender un combate largo y decidido. En la orden del día, en que el general Martínez Campos explicaba la colocación de las fuerzas, añadió sabios consejos de táctica, manifestando que si hubiera lucha no creía preciso recordar á los jefes y oficiales que con el ejemplo se hace valeroso el soldado; que ninguna fracción podía retirarse de su puesto sin orden de su inmediato jefe; que aun en este caso remotísimo, haríase el movimiento escalonado, sin perder la unión y la disciplina; que en el movimiento de avance se tendría cuidado grandísimo de no adelantar más de lo que se ordenó para que no quedasen retrasados los sostenes; que no se haría fuego sin que lo mandaran los oficiales; que se procurara, siempre que fuese posible, recoger las cápsulas para que el enemigo no las utilizase; que cuando los accidentes del terreno lo permitieran, se cubriesen los tiradores y los sostenes, procurando dirigir los ataques de flanco á las trincheras, y combinando el fuego con los ataques de frente; que la línea avanzada de guerrillas debía ser á intervalos grandes y haciendo fuego los mejores tiradores, hasta que descubierto el enemigo, se tomaran otras medidas, y en fin, que confiaba, caso de que se rompiera el fuego, en que los soldados españoles cumplirían la misión honrosa que les confiaba la patria, que les estaba contemplando.

Así comenzaron el día 30 las obras del fuerte Sidi-Auriach. El fuego no se rompió.

A las cuatro de la tarde se suspenden las obras; ordena Martínez Campos la retirada; ni un solo hombre queda para impedir que los trabajos sean destruidos si los moros se oponen á ello, y es la prueba á que Martínez Campos somete los deseos de paz de los moros. La noche transcurre con una tranquilidad de limbo: al amanecer se nota con cierta admiración que las obras ejecutadas el día antes no han sido destruidas... ¿Habrá que traer documentos que comprueben lo que voy á decir ahora? En el corazón de muchos de aquellos hombres..., de la mayoría..., de todos, para decirlo de una vez, ¿no hubo un latido más fuerte, de ira quizás..., ¡quién sabe si de dolor!, porque las obras hechas el día antes se encontraron intactas? Aquellos soldados españoles que han paseado toda la nación para llegar á Melilla; que en todas partes fueron acogidos como salvadores; que en todas partes ofrecieron pelear por el honor de España hasta morir; que en todas las almas encontraron admiración, patriotismo, caricias para animarles á la pelea y ovaciones prematuras por las victorias que habían de ganar seguramente; aquellos soldados, desde el primero hasta el último, ¿no se habrán encogido de hombros, pensando con iras calladas que el desenlace no tiene relación, por su pequeñez, con aquello avasallador y grande, de las lágrimas del hijo de cuyos brazos le arrancaron, de la desesperación silenciosa de la mujer amada que le vió partir, de los gritos delirantes de las multitudes al despedirles y de las flores que á su paso les pusieron como alfombra?..

No, nada quiero añadir por mi cuenta, hagamos crónica: desde el instante en que se ve que ni un solo tiro se dispara para la construcción del fuerte Sidi Auriach, aplácense los delirios que produjo el nombramiento de Martínez Campos para general en jefe del ejército de operaciones en Africa; opínase que la satisfacción producida por el nombramiento no ha dado lugar á comprender bien la manera como se hizo; la reacción no puede ser más desconsoladora; en cuatro días solamente cambia la faz por completo... ¡Triste condición nuestra la de levantar un ídolo para cortar sus manos á continuación y escupir á sus ojos, sin causa realmente grande para levantarlos y sin motivos tampoco que justifiquen después la caída!

Sigue la construcción del fuerte; pero con gran disgusto de Martínez Campos; resulta hoy, como de costumbre en las cosas de España, que el emplazamiento del fuerte en aquel sitio es un disparate; que no debía construirse allí; que el sitio no reúne condiciones; Martínez Campos afirma que el fuerte se hará de todas maneras, pero no porque sea necesario, sino por decoro español; por esto mismo no será fuerte, ni nada; será algo construído allí para que los rifeños vean que se construyó; tenemos, en fin, que el fuerte *de verdad* hay que construirlo en otra parte. Una idea aterradora: ¿no será esa la satisfacción que á los rifeños se da para que no hagan armas contra nosotros, quitando ocasión á la tremenda cólera que se levantaría en toda España como *simoun* inmenso que todo lo barriese ya de una vez? No, no seamos pesimistas; eso fuera ya nuestro último dolor, nuestra vergüenza última; ábrase el alma, sonría el cielo, llegue la luz é inúndenos...

Pero lo admirable es que haya quien se entregue



á cavilaciones, buscando la explicación de la actitud pacífica de los rifeños: «que no se tiene la seguridad de que obedezca dicha actitud al influjo del príncipe moro; que no se sabe qué ideas son las de las kabilas, ni lo que piensa el sultán; que el sultán hacía levadas de tropas para combatir no se sabía á quién; luego, que el sultán despidió á sus tropas, prueba evidente de que el mismo comino le importaban los rifeños que los españoles; que se ven hogueras de noche en las montañas vecinas, sin que se atine á saber si esas hogueras son para llamar á los rifeños contra los españoles, ó para que ayuden á Muley Araaf,» y por todas partes, en fin, obscuro siempre todo. Lo de Melilla siempre será lo que ha sido desde que empezó *eso*: será agua turbia.

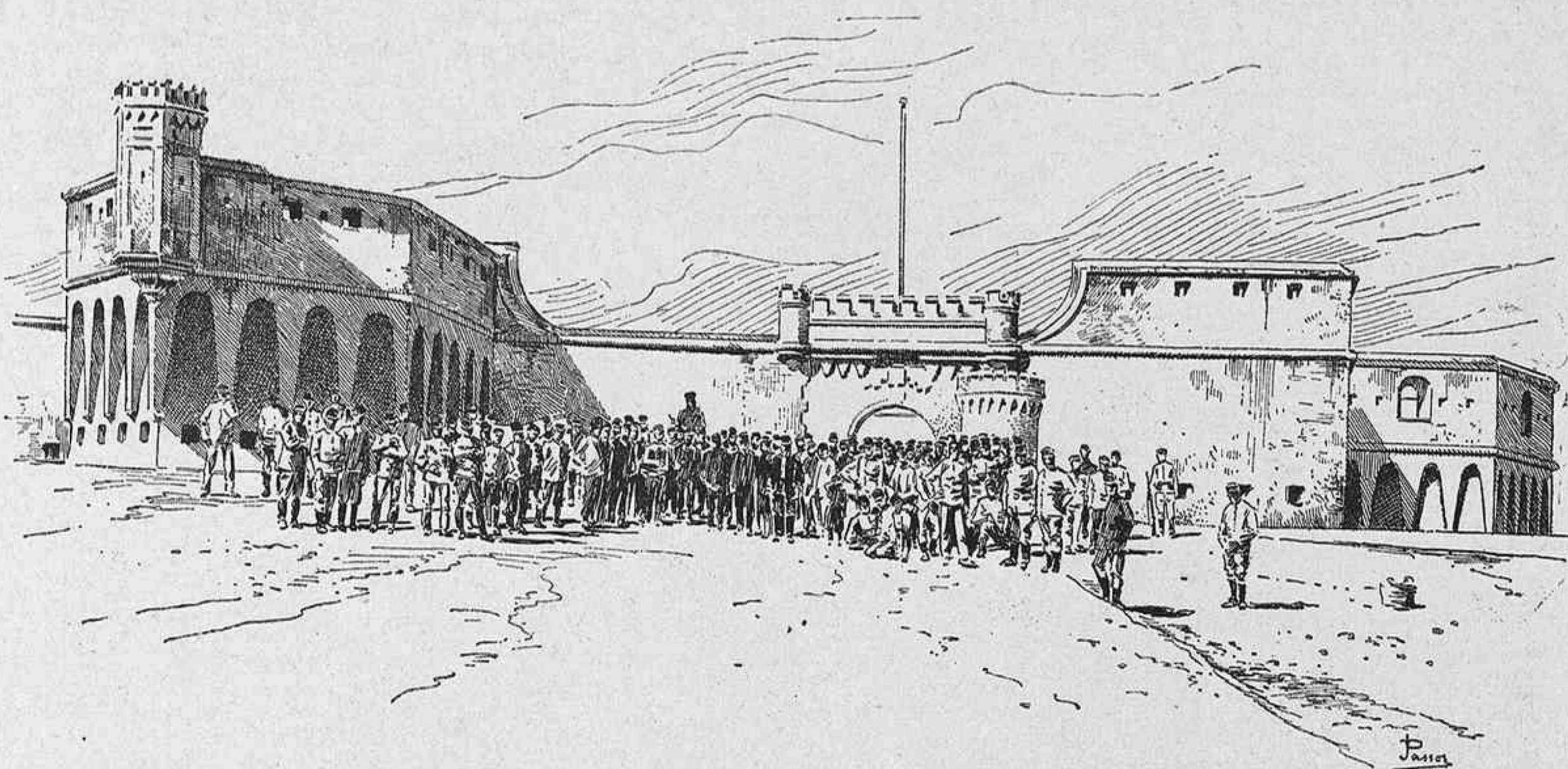
Lo que hay que creer como más acertado, como producto de una lógica que no tiene vuelta es, que los rifeños están pacíficos á la vista de los 25.000 españoles que ven allí cerquita, á sus mismas narices, aunque muy pacíficos también, ciertamente; vengán promesas de las kabilas, vengán juramentos del bajá de que el cariño que nos tienen no ha de perecer nunca; vengán saludos embusteros, frases dulzonas de asesinos cobardes, que acarician con la mano izquierda, llevando en la derecha el puñal oculto á la espalda; sí, venga todo, humillaciones; rastrerías, propósitos de amistad que no se rompa; venga todo, que cuando los españoles hayan desaparecido, vendrá también la sorpresa de noche á la guardia raquílica que allí quede, vendrá la matanza, vendrá el degüello, vendrá la mutilación y la profanación de los cadáveres y vendrá por último la risotada horrenda del rifeño con las convulsiones de su risa aterradora de burlas sobre las breñas y entre los jarales del Gurugú.

Con lo de haberse celebrado á petición de los artilleros el día de Santa Bárbara una misa que se celebra con imponente solemnidad; con saberse que continúan las obras de Sidi Auriach sin que nadie se oponga á ello; con las noticias de la agitación que produjeron en las kabilas Maymó Mohatar y Alf

Rubio, excitando á la de Benisicar á renovar la lucha para impedir que las obras se efectúen; la esperanza de que el bajá del campo de Mazuz y Frajana pueda contener esos nuevos impulsos hostiles; los telegramas de casi todas las provincias afirmando que no queda satisfecha la opinión con el envío de 25.000 hombres á Melilla para construir un fortín; la negación absoluta de los rumores espeluznantes que se levantaron referentes al río del Oro; que Martínez Campos resintió de su herida; el próximo envío al sultán, cuando se halle en Marruecos, de nuevos agentes diplomáticos; la nueva ruptura del cable, y el bando, en fin, que publicó el general en jefe del ejército, en que se amenaza con pena de la vida á los que no entreguen las armas y municiones que tengan sin permiso de la autoridad, á los que retarden la llegada de los confidentes, á los que publiquen noticias que produzcan tibieza en las tropas, á los que propaguen noticias también sobre la situación del ejército ó los planes de guerra, á los que atenten con-

tra la vida de los parlamentarios ó les insulten, y á los que rebasen sin permiso la primera línea de los fuertes; con todas estas noticias, que no quitan ni aumentan la gravedad de la cuestión magna, cierro mi crónica. Entretanto empieza ya á hablarse de la vuelta del ejército; ese no es motivo para que dejen de estar llegando tropas aún al campo de operaciones. Una observación: si para salvar á la patria, que es cosa tan urgente, empleó el ejército en llegar á Melilla el tiempo que se sabe, es posible que al regresar emplee más tiempo aún. Cuando la cola del último batallón esté en su cuartel, es posible que las kabilas hayan vuelto á su tema... Sería preciso entonces que el ejército volviese, y España, nueva Penélope, pasariase la vida en el mayor éxtasis, tejiendo y destejando su tela; sólo que la mujer de Ulises se tomó estos trabajos para salvar su honra, y no se sabe todavía para qué se los está tomando España.

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

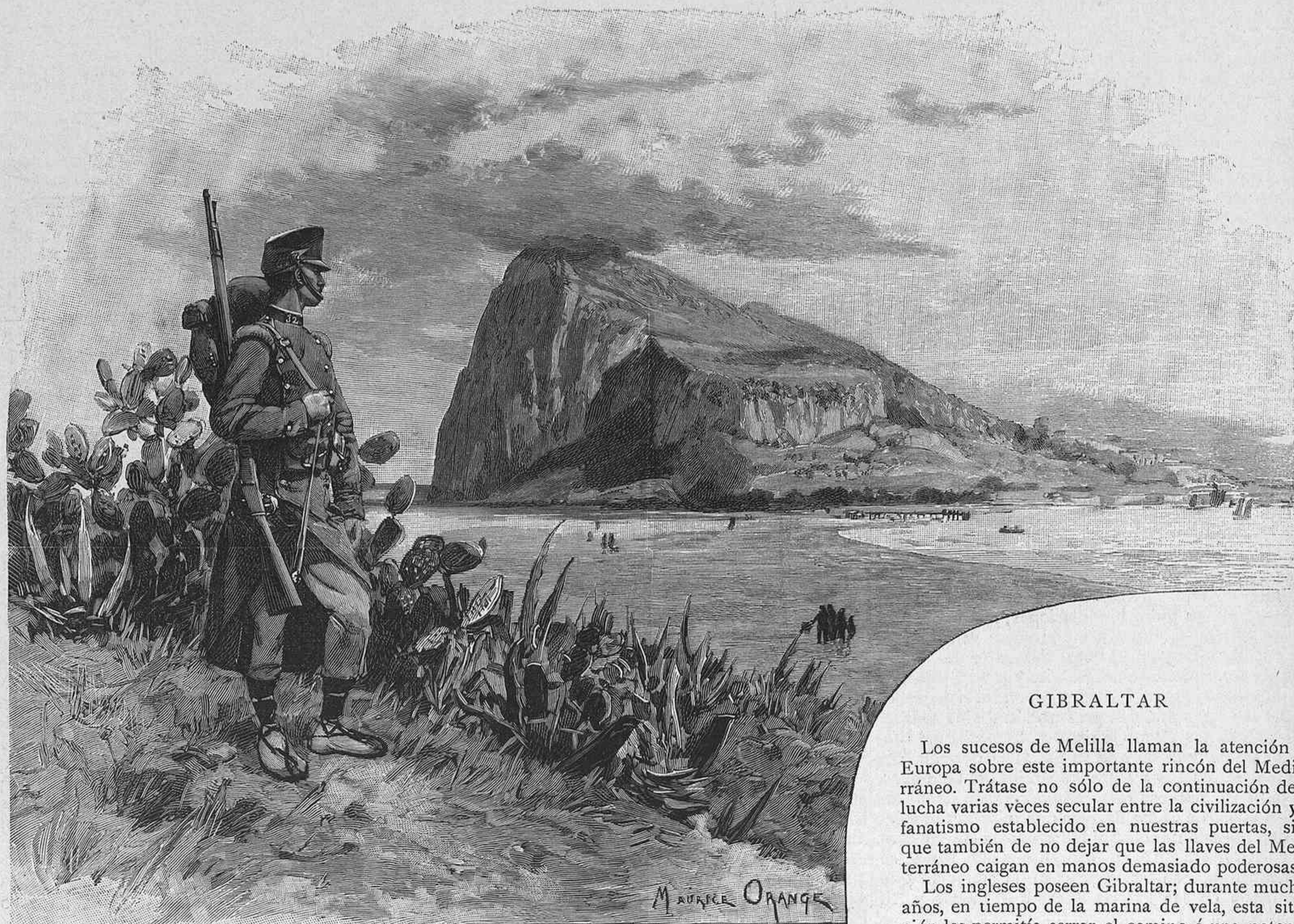


LA GUERRA DE AFRICA. - FUERTE DE ROSTOGORDO (copia de una fotografía remitida por S. Muchart, de Málaga)



LA GUERRA DE AFRICA. - KABILAS DEL RIF, de un croquis enviado del teatro de la guerra





## GIBRALTAR

Los sucesos de Melilla llaman la atención de Europa sobre este importante rincón del Mediterráneo. Trátase no sólo de la continuación de la lucha varias veces secular entre la civilización y el fanatismo establecido en nuestras puertas, sino que también de no dejar que las llaves del Mediterráneo caigan en manos demasiado poderosas.

Los ingleses poseen Gibraltar; durante muchos años, en tiempo de la marina de vela, esta situación les permitía cerrar el camino á una potencia enemiga que no habría podido sin grandes peligros aventurarse en el estrecho; pero en la actualidad, aunque Gibraltar continúa siendo una fortaleza inexpugnable, su importancia estratégica es muy escasa, pues ni la playa domina el paso del estrecho ni podría proteger más que medianamente una escuadra amiga atacada por fuerzas superiores: además su territorio es demasiado pequeño para contener un ejército de campo atrincherado. A decir verdad, Gibraltar no es ya más que un depósito de carbón muy fortificado, al par que un gran centro de contrabando que Inglaterra tolera en detrimento de España.

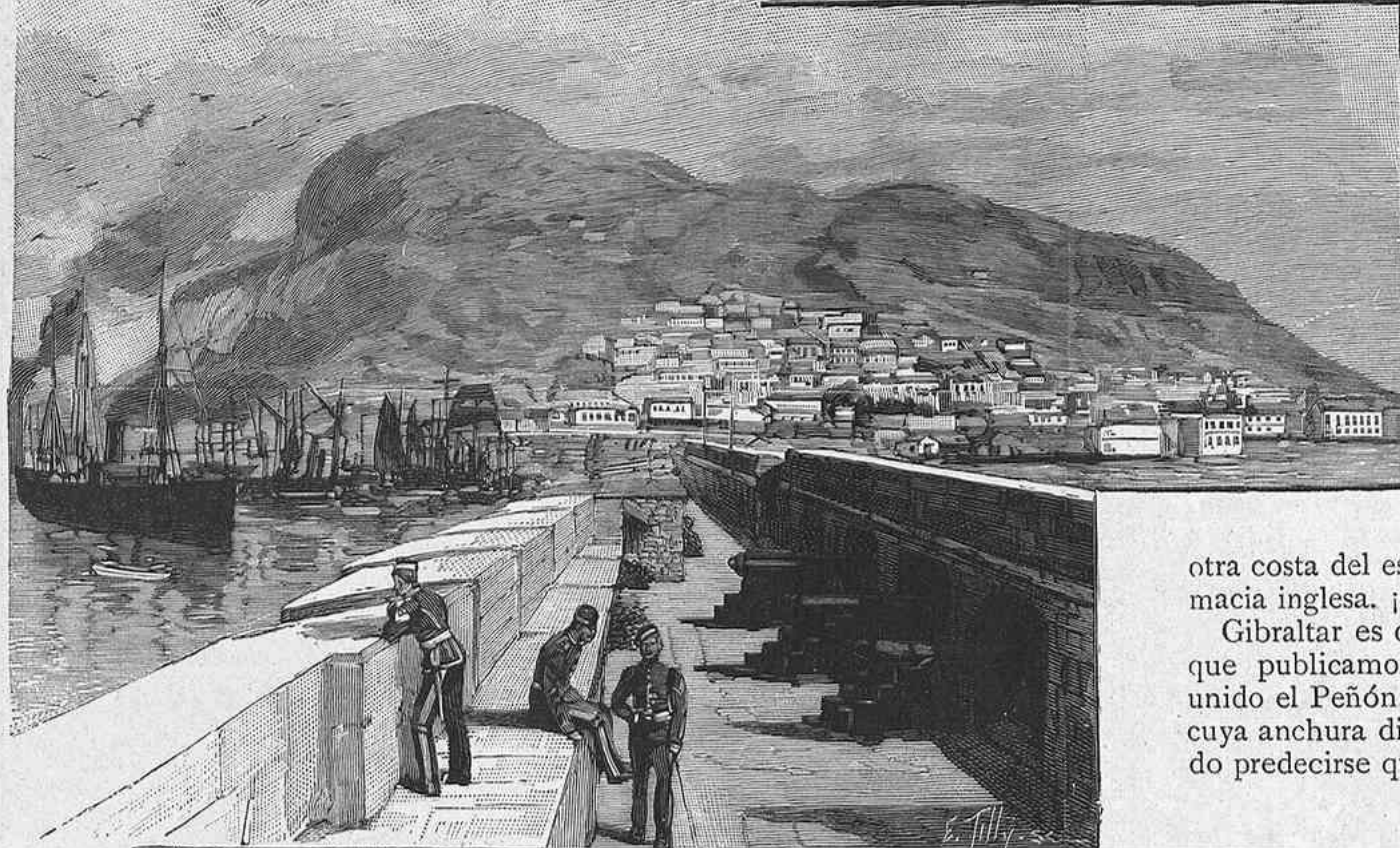
Concíbese, sin embargo, que ese conjunto de fortificaciones sería formidable si se le podía completar con algunos puntos bien escogidos en la

otra costa del estrecho, y en ello no deja de pensar un momento la diplomacia inglesa. ¡Vigilen, pues, los interesados!

Gibraltar es de un aspecto pintoresco é imponente á la vez: la vista que publicamos está tomada desde la frontera española, á la cual está unido el Peñón por un istmo estrecho que constituye la zona neutral y cuya anchura disminuye por la acción de las corrientes marinas, pudiendo predecirse que Gibraltar acabará por estar separado del continente si no se toman medidas para evitarlo.

Tiene la ciudad 24.000 habitantes, entre ellos 6.000 de guarnición: la población es en su mayoría española, pero cuenta además muchos marroquíes, judíos y otras gentes del Mediterráneo. El clima es bastante desagradable, caluroso y febril: las montañas que rodean Gibraltar detienen los vientos del Este, que sólo llevan allí brumas persistentes.

La verdadera curiosidad de Gibraltar son las fortificaciones: las baterías rasantes que se extienden desde el puerto al extremo Sur forman una línea abaluartada con cañones de regular calibre y protegida por un dique á flor de agua que á unos 100 metros corre paralelo á ella. Hay también una serie de baterías blindadas y acasamatadas con piezas de 38 toneladas y más que manobran por medio de máquinas hidráulicas enterradas á gran profundidad. Al pie del paseo llamado la Alameda, un cañón de 100 toneladas domina la mayor parte de la bahía. Pero las baterías más interesantes



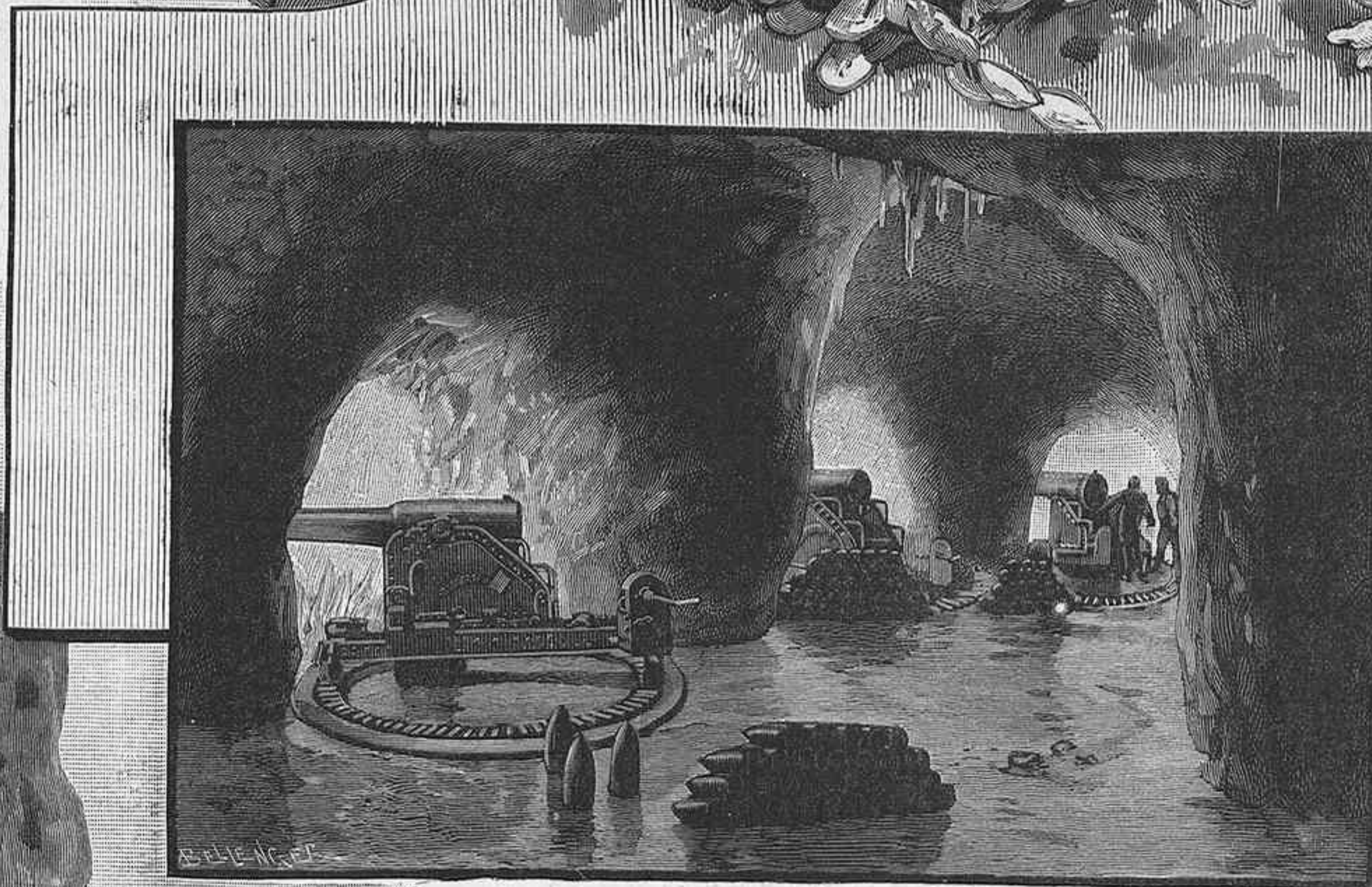
## GIBRALTAR

1. El Peñón, visto desde la frontera española. - 2. La ciudad vista desde el muelle. - 3. Los diques sumergidos delante de las baterías rasantes.



son las tres filas abiertas en el espesor mismo de la montaña: la más alta domina el mar desde una elevación de más de 200 metros. El valor de estas baterías es muy dudoso, pues el humo no permitiría hacerlas funcionar mucho tiempo y la conmoción de los disparos quebrantaría el peñasco: por esto sin duda no se las utiliza para las salvas. Pero de todos modos, *Los dientes de la vieja*, como se las llama, producen profunda impresión vistas desde el pie del acantilado.

La vida en Gibraltar no es muy alegre; el terreno y las casas son medidos á los habitantes con gran parsimonia; el régimen administrativo es el de estado de sitio permanente. Al ponerse el sol ciérranse todas las puertas, las patrullas circulan por las calles y nadie puede andar por éstas sin autorización. Sin



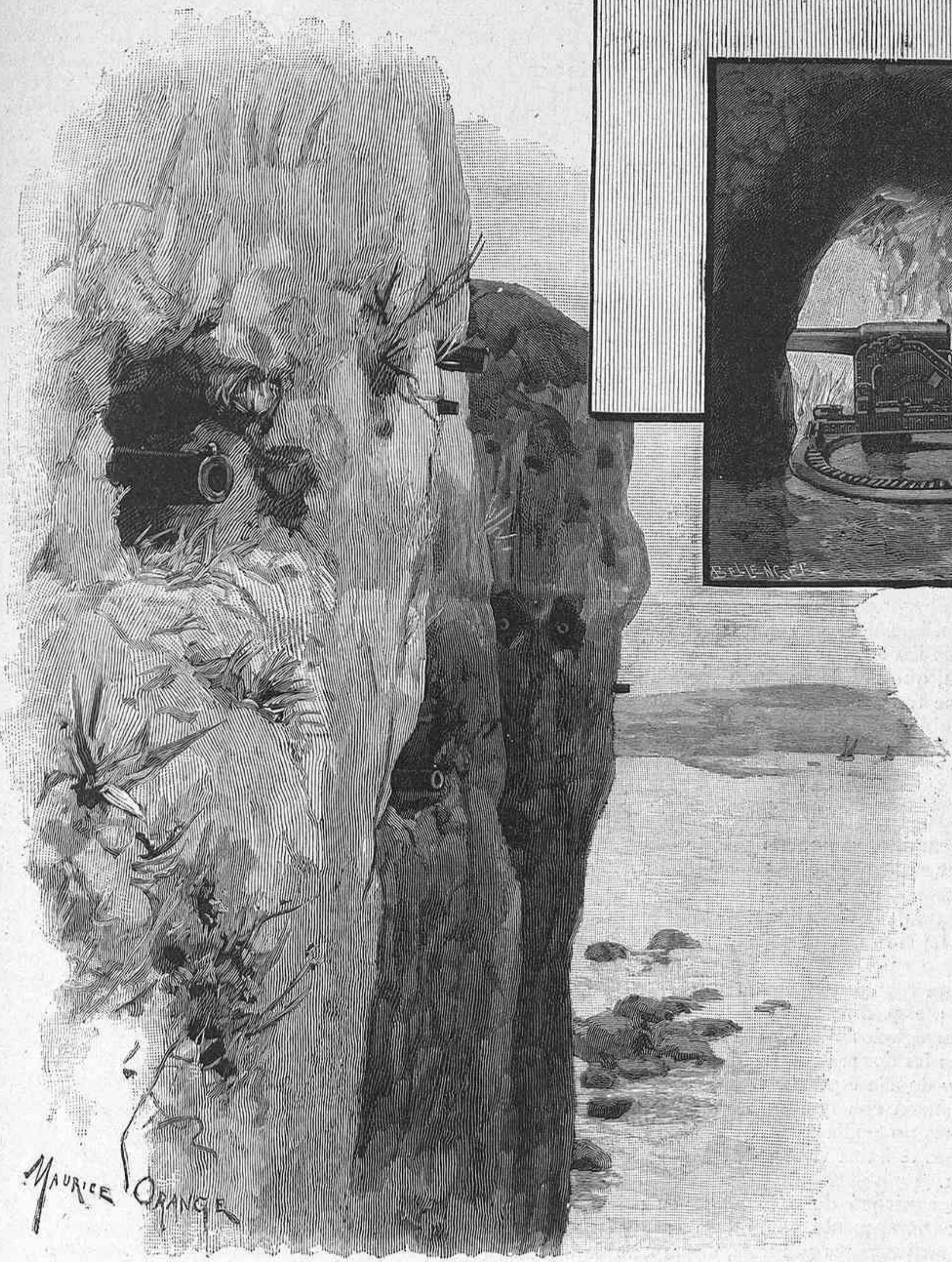
1. Paseo y batería de la Alameda. - 2. Las baterías subterráneas

sia del Corazón de Jesús, de construcción reciente; de los demás, poco notables desde el punto de vista del arte, merecen ser mencionados la Bolsa, el palacio del gobernador, la iglesia mayor, Santa María la Coronada, la iglesia protestante de la Santísima Trinidad, los hospitales civil y naval, y sobre todo la Biblioteca militar, situada en la plaza de Artilleros, que posee 40.000 volúmenes, un gran servicio telegráfico y una imprenta donde se imprime la *Crónica*, periódico oficial.

Fuera de la Puerta Nueva, hacia el Sur, encuéntrase una gran explanada que sirve de campo de maniobras y en uno de cuyos extremos hay un hermoso circo teatro: hay también por aquella parte bonitos y hermosos paseos, donde se levantan las estatuas de lord Elliot y de lord Wellington.

La ciudad está surtida de agua por un hermoso acueducto y por gran número de cisternas que aprovechan las filtraciones del monte y las aguas llovedizas; además se construyó hace poco en la falda del monte una cisterna colosal de cabida incalculable.

Una de las particularidades que ofrece el Peñón de Gibraltar es la de ser en la actualidad el único punto del continente europeo en donde todavía se encuentran monos en estado salvaje y pertenecientes á la misma especie que los que hay en Marruecos: su número ha ido, sin embargo, disminuyendo continuamente, y hoy en día apenas si queda allí un centenar de ellos. Estos cuadrumanos son inofensivos y además están muy protegidos por los reglamentos de policía, que por cierto no pecan de blandos en este punto; son de regular tamaño y en los hermosos días cálidos se les ve trepar ágilmente por las montañas. Son bastante sociables y no huyen á la vista de los curiosos que se acercan á contemplarlos: estos curiosos son casi exclusivamente extranjeros, pues los habitantes de Gibraltar hacen poco caso de esos animales. - X.



Baterías denominadas *Los dientes de la vieja*

embargo, de algunos años á esta parte, esta prohibición no es tan absoluta, y en la Alameda se encuentra gente hasta hora muy avanzada de la noche.

Las calles de Gibraltar, con muy pocas excepciones, son estrechas, tortuosas y sombrías, verdaderas callejuelas que recuerdan los tiempos de la dominación árabe, y entre sus principales edificios sólo hay uno de mérito artístico, la igle-

mentos de policía, que por cierto no pecan de blandos en este punto; son de regular tamaño y en los hermosos días cálidos se les ve trepar ágilmente por las montañas. Son bastante sociables y no huyen á la vista de los curiosos que se acercan á contemplarlos: estos curiosos son casi exclusivamente extranjeros, pues los habitantes de Gibraltar hacen poco caso de esos animales. - X.



## D. GIL ESCARDILLO

DIPUTADO Á CORTES POR CABEZABAJA

Por supuesto, que doña Nicolasa no es de las mujeres crédulas que tienen fe en sus maridos. Precisamente su cualidad característica es la suspicacia, y su vanidad consiste en proclamar que á ella no se la pega ningún chato. Y como su marido es chato, de aquí que todo el mundo en el pueblo haya creído siempre que la frase de doña Nicolasa es una alusión delicada y un aviso discreto á aquel caballero. Porque el marido de doña Nicolasa es todo un caballero, y así lo dice él á boca llena siempre que hay oportunidad, ó aunque no la haya. Es D. Gil Escardillo, el afortunado esposo de doña Nicolasa, la persona más significada é importante de la villa de Cabezabaja, que lo es de distrito electoral, jefe del partido liberal del mismo distrito, y diputado á Cortes por primera vez en la presente legislatura. Hace años que hubiera podido obtener esta honrosa *embestidura*, como él ha escrito en una alocución de gracias á los electores en Cabezabaja; pero su mujer no quería separarse de él, ó mejor dicho, que él se separara de ella, no por otra cosa sino porque temía que D. Gil se extraviase en la corte, con lo que habría sufrido mucho la buena señora en su vanidad... Esta vez cedió la celosa esposa y dejó que sacaran de las urnas á su marido, por varias razones: la primera porque con esta elección quedaba perfectamente consolidado el prestigio político de la familia, y después porque ya se había calmado mucho la fiebre amorosa que le devoraba en otros tiempos, y últimamente porque Escardillo desde que ha dado en padecer diviesos no está el hombre para aventuras, ni es de creer que dama alguna caiga en la pecaminosa tentación de disputar á la propietaria del sujeto las preferencias de semejante estafermo.

Vinose, pues, D. Gil á Madrid á jurar el cargo, y se instaló en una fonda principal, porque lo primero que le prohibió su mujer fué que se alojara en ninguna de las llamadas casas de huéspedes, porque en estas casas bien sabía ella que había patronas, y entre éstas, sin querer agraviar á la clase, algunas solían ser, por varios conceptos, un gran peligro para sus huéspedes. Y precisamente, en Cabezabaja vivía doña Gertrudis Lomo y Lomo, que hacía seis años no sabía si su marido era muerto ó vivo, porque el tal, buen apunte, tuvo que ir á Madrid á asuntos propios, y se hospedó en casa de una viuda, que recibía huéspedes por conocimiento, y por no pagar contribución, y de la noche á la mañana desaparecieron de Madrid la viuda y el marido de doña Gertrudis, con rumbo á Buenos Aires, desde donde escribió aquél á un amigo para que tranquilizara á la esposa abandonada. Este ejemplo lo tienen muy presente las casadas de Cabezabaja, y siempre que el marido de alguna viene á Madrid le dicen á su mujer las amigas: «No vaya á hacer el tuyo lo que hizo el de la pobre doña Gertrudis.» Verdad es que este marido prófugo, sobre ser más joven que D. Gil, no vino con la *embestidura* de diputado; que en este caso, ya habría sido más cauto; porque, lo que decía doña Nicolasa, un diputado no puede hacer ciertas cosas, y aunque no quiera, ha de ser forzosamente una persona de mucha seriedad, de mucho respeto, de mucho señorío y de *muchísima* vergüenza, y ha de andar con pies de plomo para que no se diga, porque toda la nación tiene en él los ojos fijos, frase tomada del manifiesto de D. Gil á los electores, en demanda de sufragios, escrito por el secretario del ayuntamiento, hechura de D. Gil (el ayuntamiento y el secretario).

Teniendo esta elevada idea de las funciones á que había sido llamado su marido, quedó algo más tranquila doña Nicolasa, ya que no quiso traerla consigo, porque, es claro, mientras estuvieran las Cortes abiertas, para nada podía contar con él, pues tan importante cargo le absorbería todo el tiempo, y además había que considerar también que un hombre como él, de tan pocas necesidades, gastaría muy poco en Madrid, y viniendo ella, el gasto hubiera sido mucho mayor, y aunque tenían buena fortuna, ni á él ni á ella les gustaba derrochar el dinero. Ya tendría ocasión de lucirse doña Nicolasa si, como esperaba don Gil, porque se lo había prometido el jefe del partido, le nombraban gobernador de la provincia, que tenía empeño en serlo para que se las pagasen todas juntas los enemigos políticos; y para conseguir este resultado era preciso que él mismo ejerciera la autoridad, pues los gobernadores que enviaba el gobierno, aunque le reconocían por cacique indiscutible é insufrible, no tenían todo el empuje que él deseaba para quedar bien servido en sus justas venganzas.

Con tan buenos propósitos vino D. Gil á la corte, y escribió á su mujer todos los días ponderando la amabilidad de D. Práxedes y la buena cara que le

ponía Gamazo, y que Montero Ríos le sonreía, y que el ministro de la Guerra le había ofrecido poner en Cabezabaja un depósito de caballos sementales, lo que daría grande importancia á la localidad, y en fin, que no tenía un momento para nada, pues le había nombrado de casi todas las comisiones, empeñándose los ministros en que persona de sus luces les ayudara á sacar á flote la nave del Estado, que los pícaros conservadores habían dejado casi embarrancada. «Del Congreso á la fonda y de la fonda al Congreso, esta es mi vida, decía el solapado representante del país; y gracias que tengo buena naturaleza, porque otro caería malo.»

Al principio escribía todos los días á su Nicolasa; después tres veces á la semana, luego dos, y llegó semana en que no recibió más que una tarjeta postal, en que decía D. Gil: «Querida Nicolasa: Estoy buenísimo, pero esto no es vivir; estoy ocupadísimo. No me dejan un momento. Un día de estos empezaré á hablar. No tengo más remedio. Los ministros que me rodean y están esperando que acabe estas cortas líneas te saludan y te besan los pies. Tuyo, *Gilito*.»

El mismo día que doña Nicolasa recibió esta tarjeta postal llegó á Cabezabaja, de regreso de Madrid, el procurador Cañizo, que fué por la tarde con su hermana á visitar á doña Nicolasa. Cañizo no es muy devoto de D. Gil, pero su hermana es íntima de doña Nicolasa, y aquél hace por ella el sacrificio de visitar la casa del cacique. Todos preguntaronle noticias de lo que había visto notable en Madrid.

—Pues lo más notable que hay ahora en Madrid es la *Bella chiquita*, dijo.

—¿Qué chiquita es esa?, preguntó doña Nicolasa.

—Una francesa muy bien formada, que canta y baila por lo escandaloso...

—¡Jesús! ¿Y la gente va á verla?..

—Todo el mundo. Yo fui dos veces, y las dos encontré allí á D. Gil con otros diputados.

—¿D. Gil?.. ¿Mi marido?.. ¡Imposible!.. Tomaría usted á otro por él...

—Señora, ¿cree usted que no conozco yo á don Gil?.. También le he visto en *Fiesta alegre*.

—¿Dónde?..

—En el juego de pelota...

—¡Ave María! ¿Mi marido jugando á la pelota?..

—No, á la pelota precisamente no jugaba, pero apostaba y vi que perdía...

—¿Que perdía?..

—Sí, señora; no tiene nada de particular. En todo juego unos ganan y otros pierden...

La hermana de Cañizo, conociendo que doña Nicolasa estaba á punto de estallar, dió por terminada la visita, y se llevó al imprudente procurador.

Doña Nicolasa no sabía lo que le pasaba. La idea de que su marido se había desatado en Madrid la atormentaba cruelmente, y discurría cómo tomaría venganza del grandísimo tuno. Era preciso cogerle *in fraganti*.

Al anoecer ya tenía formado su plan. Cogió alguna ropa, haciendo con ella un lío; dió á los criados que se iba á pasar unos días con su cuñada en Cabezalta, que era la estación inmediata del ferrocarril, y se fué á esperar el tren. Tomó billete para dicho pueblo, pero al llegar á la otra estación lo tomó para Madrid.

## II

En el camino, ya que no podía dormir, acabó de redondear su proyecto.

En la estación de Madrid tomó un coche y se hizo llevar á casa de la Montilla, una prima de doña Nicolasa que ha sido cantante de zarzuela y ya no canta por haber perdido la voz, y vive retirada, comiéndose una renta regular que hizo en el teatro, porque su marido (q. e. p. d.) y ella fueron siempre muy económicos y arreglados. Siempre habían estado en buenas relaciones las dos primas. La Montilla había sido muy traviesa, y de ella esperaba la diputada que inventase alguna astucia con que sorprender al marido extraviado, pues no podía menos de estarlo, si era cierto que Cañizo le había visto en el Circo y en el Juego de pelota.

No se equivocó doña Nicolasa; su prima, que la recibió cariñosamente, tomó á su cargo, en cuanto supo los resquemores que traía, el empeño de buscar traza con que averiguar y seguir los pasos del presunto infiel. Éste no la conocería ya; sólo una vez la había visto, hacía diez años, y fué en el teatro, estando ella vestida de recluta en la zarzuela *Catalina*. Era imposible que la conociese.

—Si estuviéramos en Carnaval, dijo la ex actriz, la careta nos serviría grandemente, haciendo fácil nuestro empeño; pero no importa. Yo te aseguro que hemos de ponernos muy cerca de tu marido y no te ha de

conocer. Por lo pronto, querida prima, tú que eres morena, vas á ser blanca y rubia. Precisamente conservo de mis tiempos de teatro tinturas que le costaron un sentido á mi difunto, con las que te convertiré en un momento en una Ofelia. Tú no sabrás quién era Ofelia... Una inocente, que no se parecía á ti ni mí. Vestirás alguno de mis trajes, que ahí los tengo apolillándose, un traje de seda color granate, que jamás ha podido soñar tu marido que vería á su mujer de tal guisa aderezada. Hija, no extrañes en mi lenguaje el empleo de ciertas palabras que no se oirán en Cabezabaja. Son resabios de aquel dichoso tiempo en que yo cantaba los versos de Camprodón. ¿Dices que tu marido vive en una fonda?

—Sí.

—¿Sabrás el número del cuarto?

—El 13.

—Pues al 14 ó al 15, ó al más inmediato que se encuentre vamos á vivir nosotras. Para saber lo que hace tu marido lo mejor es vivir junto á él.

Doña Nicolasa se prestó gustosa á cuanto quisiera hacer su prima. Dos horas después, blanca, rubia, vestida con su falda granate y su cuerpo azul, encerrado el talle en un corsé de cien ballenas, que era una obra de arte, colocados admirablemente suplementos de algodón en el pecho y las caderas, doña Nicolasa se miró al espejo y no se conoció. Pero se gustó... ¡como que parecía tener veinte años menos! Completó su disfraz un espléndido sombrero copiosamente adornado de plumas y pájaros, como jamás se había conocido semejante en el pueblo, y una manteleta de seda, cuajada de encajes y abalorio, en conjunto un traje de gran fantasía, según dijo la Montilla. Ésta se vistió sencilla y modestamente como correspondía al papel que se proponía representar de señorita de compañía de la condesa, porque doña Nicolasa sería condesa de los Tilos. La cómica sacó dos saquitos de mano, donde puso algunos objetos, y á las doce en punto llegaban en un coche á la fonda en que se hospedaba el diputado por Cabezabaja.

Pidieron habitación, y dijo la Montilla al encargado de la fonda:

—Una habitación que no sea el número 13. La condesa tiene mucho miedo á ese número.

—Daré á la señora el 14, que ha quedado vacante.

—No estará al lado del 13, porque á la señora condesa acaso no le gustará la aproximación. ¿Verdad, señora?..

—Es la habitación inmediata, dijo el hombre.

—Bueno, dijo doña Nicolasa; no siendo el 13, lo demás no me importa.

Y las dos se instalaron en el 14, que tiene una puerta de comunicación con el 13.

—¿Almorzará la señora condesa?, preguntó el hombre.

—Ya lo creo, contestó la Montilla, y yo también almuerzo.

—Pues ya se va á servir el almuerzo.

Fuése el hombre, y las dos primas oyeron que llamaba en el 13 y la voz de bronce y desagradable de D. Gil, que decía:

—¡Adelante!

—D. Gil, á almorzar, díjole el de la fonda.

—Allá voy. ¿Han venido huéspedes al cuarto ese?, preguntó D. Gil.

—Son *huéspedes*, una condesa y su doncella.

—¡Sopla! ¿Condesas tenemos?, exclamó D. Gil.

D. Gil quedó solo y tarareaba la marcha de *Cádiz*, pero súbitamente calló. En el cuarto inmediato hablaban alto. Escuchó.

—Señora, decía la Montilla á su prima, ya sabe usted lo que le ha recomendado el Sr. conde, que se divierta usted, que vaya á los teatros, al juego de pelota, á ver á la *Bella chiquita* en el Circo, á paseo, á todas partes, porque lo que usted necesita es mucha distracción para curarse la anemia. Ahora vamos á almorzar. En esta fonda, que nos ha recomendado el Sr. conde, se come muy bien, según dice... Conque á comer bien, y á divertirse en estos días que vamos á estar en Madrid, esperando al Sr. conde.

No oyó D. Gil la contestación de la condesa, pero oyó abrir la puerta del 14, y en el mismo punto abrió él la suya con el propósito de salir á la galería al propio tiempo que la condesa y ver qué tal pinta tenía esta dama anémica que pasó por delante de él llevando á su izquierda á la camarera. D. Gil hizo una profunda reverencia á la condesa, y llegando á la escalera se adelantó, y con la mayor cortesanía le ofreció el brazo, diciendo:

—Si me dispensa usted el honor de aceptar mi brazo hasta el comedor...

Doña Nicolasa dudó un punto si aceptaría el brazo de su marido ó le cruzaría la cara con el enorme abanico; pero su prima la miró, y la airada esposa dominó su indignación y aceptó el apoyo que le ofrecía el galante diputado, que en llegando al comedor



volvió á saludarla finamente y fué á ocupar su asiento á la cabecera de la mesa. Era ya el huésped más antiguo y la presidía.

Por cierto que doña Nicolasa no pudo menos de asombrarse de que en tan poco tiempo, en dos meses, su marido hubiera experimentado tan notable mudanza. Nunca le había visto ella tan arriscado y tan fino, ni tampoco tan bien vestido y llevando la ropa con tanto garbo y gentil desembarazo. Aquel chaleco blanco primorosamente planchado, aquel cuello de camisa con los picos doblados, aquella corbata sujeta con una sortijilla en que relucía una piedra que sin duda era preciosa, el pelo peinado y abierta la raya en medio del cráneo, la cara pulcramente afeitada, y en fin, el aire desenfadado y resuelto de su persona daban al diputado un aspecto completamente nuevo á los ojos de doña Nicolasa. El, en su casa de Cabezabaja, tan arisco y poco expansivo, en la fonda de Madrid bromaba y reía, hablando con los demás huéspedes, entre los cuales había otros dos diputados de la mayoría que se sentaban á derecha é izquierda del presidente.

—Tarde nos retiramos anoche, D. Gil, díjole uno de los colegas... Le oí á usted toser en la galería..., serían las tres de esta madrugada... Yo no podía dormir.

—Sí, ayer hice todo el día la vida del hombre malo, contestó don Gil muy jovial.

—¿Jugó usted y perdió?..

—Algo hubo de eso...

—Si no fuera usted calaverón y hubiera ido como nosotros á oír á Gamazo...; pero no pareció usted por el Congreso.

—Estuve en *Fiesta alegre* toda la tarde, y me costó veintitantos

duros que me hizo perder el *chiquito de Andoain*... Desde allí fuí al Casino, donde nos reunimos á comer y á quitar el pellejo á Gamazo algunos diputados vinícolas, quiero decir interesados en...

—Ya, ya entendemos.

—Amigo, en el Casino se come bien, pero bien. ¡Qué sopa de rabo de buey! ¡Y qué langosta con mayonesa!.. Y un vino de Jerez que quita las penas.

—Y luego irían ustedes á la reunión de la comisión de los vinos en el Congreso...

—Yo, no; encargué á Pitos que dijera que me adhería á lo que se acordase, y me fuí al Circo á ver á la *Bella chiquita*.

—¡Por la tarde el *Chiquito*, y por la noche la *Chiquita*! D. Gil, le veo á usted en camino de perdición.

Y D. Gil se reía como un bobalicón.

—Es la tercera vez que veo á la *Bella chiquita*, y lo que siento es que le van á prohibir bailar por el escándalo que arma el público.

—Yo no la he visto.

—Ni yo.

—Pues aconsejo á ustedes que la vean.

—¿Es muy niña?..

—No, señor, veinte años y pico...; pero una mujer superior..., de la que no se ve así como se quiera.

—D. Gil no contará esas impresiones á su señora, me parece.

—¡Ja, ja! Dios me libre. Si ella supiera quién es la *Bella chiquita* y que he ido á verla tres veces, ya

tenía yo jaqueca para el resto de mi vida... Y tampoco le mandaré este retrato de la individua que compré anoche por dos pesetas.

—¡A ver, á ver!..

Y el retrato pasó de mano en mano hasta llegar á

—¡Todo acabó entre nosotros!.. Yo no quería creer que tuviera usted tan poca vergüenza, y he venido á convencerme. Convencida ya, me vuelvo á Cabezabaja...

—¡Por Dios, Nicolasa!.., murmuró corrido y confuso el gran cacique.

—¡Nada, hemos concluído!

Y le volvió la espalda; pero D. Gil la siguió, y entre éste y la Montilla hicieronla entrar en el cuarto número 13. Las explicaciones de D. Gil fueron largas y expresivas. Dice la Montilla que hasta lloró...

El caso es que doña Nicolasa continúa en Madrid y vive con su marido en un cuartito amueblado de la plaza de Oriente, donde frecuentemente come con el matrimonio la traviesa Montilla. Esta ha logrado poner en paz á D. Gil y á doña Nicolasa.

Pero como el lance de la fonda se ha sabido, y hasta los periódicos lo han contado, bien que callando los nombres, en el Congreso toda la mayoría llama al diputado por Cabezabaja el *marido de la condesa Nicolasa*.

C. FRONTAURA

NUESTROS GRABADOS

**Excmo. Sr. D. Arsenio Martínez Campos.** — La biografía de este ilustre caudillo es, por decirlo así, la historia militar de España de cuarenta años á esta parte: en Africa en 1859 y 1860; en México en 1862; en Cuba desde 1869 á 1872; en Cataluña y en Valencia en 1873; en el Norte en 1874, otra vez en Cataluña en 1875 y en el Norte en 1876 y en Cuba hasta 1879, dondequiera que ha habido enemigos de la patria que combatir, allí ha estado Martínez Campos luchando contra los marroquíes, contra los carlistas, contra los cantonales, contra los insurrectos, siempre bravo como el primero de los valientes, siempre sobrio como el último de los soldados. Enumerar sus hazas

mientras sirvió á las órdenes de jefes superiores es tarea punto menos que imposible; señalar sus éxitos como general, muy difícil: con decir que acabó con el carlismo en Cataluña y en las provincias septentrionales, con el cantonalismo en Valencia y con la insurrección separatista en Cuba, queda probado que tiene sobrados títulos al agradecimiento de la patria y al respeto de cuantos de buenos españoles se precian.

Iniciada la actual campaña de Melilla, la nación en masa le señaló como el general que allí debía acudir á salvar el honor comprometido de nuestra bandera. Las circunstancias han hecho hasta ahora que su acción se limitase á la construcción del fuerte de Sidi Auriach, y aun cuando esto á muchos les parece poco, bastante es si se tiene en cuenta la oposición que á esta obra hicieron los rifeños, los cuales juraban morir antes que consentirla. Mas si algún día la lucha se empeña, el valor y la pericia de Martínez Campos y el prestigio de que goza en el ejército son prenda segura de la victoria de nuestras armas.

D. Arsenio Martínez Campos es capitán general de ejército, posee la gran cruz de San Fernando, la de San Hermenegildo y la del Mérito Militar por servicios de guerra, la de la Torre y de la Espada de Portugal y la de Leopoldo de Austria; es caballero del Toisón de Oro y Gran Cordon de la Legión de Honor y tres veces benemérito de la patria. Procede del arma de Estado Mayor, de cuya escuela ha sido profesor varias veces, y cuenta actualmente cuarenta y un años de servicio y sesenta y tres de edad.

Con el del general en jefe del ejército de Africa publicamos los retratos de sus ayudantes el comandante de infantería D. Rafael Moreno y los primeros tenientes de caballería D. Miguel Martínez Campos, marqués de Batzán, título que recuerda uno de los más gloriosos hechos de armas de su padre, y D. Laureano del Busto.

**La guerra de Africa. — El fuerte de Rostrogordo** (de una fotografía). — Está situado este fuerte al Noroeste de Melilla, á una distancia de 3.500 metros de la plaza y sobre



LA GUERRA DE ÁFRICA. — JEFES DE LA AMBULANCIA ENVIADA Á MELILLA POR LA CRUZ ROJA DE MADRID (De fotografía de S. Muchart, de Málaga)

las de doña Nicolasa, que, poniéndose en pie, rasgó con rabia la fotografía, hizo de ella menudos pedazos, y sin que la Montilla la pudiera detener, fué por detrás de las sillas que rodeaban la mesa hasta la cabecera, ocupada por el diputado, y se los tiró á la cara.

—¿Qué es esto, condesa?.., preguntó sorprendido el legislador.

La Montilla, que había seguido á doña Nicolasa, la recogió en sus brazos, porque la pobre esposa cayó con un síncope cuando iba á increpar al marido.

Todos acudieron á la paciente; sentáronla en un sillón; hicieronla aire; le quitaron el sombrero, que había conservado puesto, y trataron por todos los medios conocidos de hacerla recobrar el sentido.

—¿Quién es esta señora?.., preguntó á D. Gil uno de los diputados.

—Es una condesa que ocupa desde esta mañana el cuarto inmediato al mío... No la conozco, sólo sé que es condesa, que está anémica, que ha venido á Madrid á divertirse y que dentro de unos días vendrá su marido el conde...

En este punto, doña Nicolasa abrió los ojos, se puso en pie, y abriéndose paso se abalanzó á D. Gil y cogiéndole de las solapas del chaleco le gritó:

—¡Infame, infame!

—¡Nicolasa!.., exclamó con espanto el representante de Cabezabaja.

—¡La condesa Nicolasa!.., dijo uno de los diputados, sin poder contener la risa.





UN DÍA DE AUDIENCIA, COPIA DEL CUADRO DE J. JIMÉNEZ ARANDA, GRABADO POR J. V. VALLA



una altura de 124 metros; como uno de los más avanzados sobre los límites del campo tiene gran valor estratégico; pero por lo mismo que se halla muy lejos de la plaza, su situación es expuesta y puede llegar á ser en algunos casos verdaderamente comprometida, como sucedió en los últimos días de octubre y primeros de noviembre, durante los cuales hubo que trabar serios combates para lograr su aprovisionamiento. Rostrogordo fué construido según el proyecto y bajo la dirección de D. Eligio Souza, siendo gobernador de Melilla el general Mirelis.

**Kabilas del Rif, de un croquis.** - El rifeño, con la característica trenza que á modo de coleta adorna su cabeza afeitada en el resto, tiene generalmente una vida sedentaria, es de constitución vigorosa, trabaja con algún esmero sus tierras, y aunque inquieto y soberbio procura siempre esquivar el peligro y no comprometer su hacienda cuando perseguido por la voracidad de sus káids tiene necesidad de defenderla. La ruda independencia de que alardean esos moros fronterizos de nuestras posesiones de Africa ha producido varias salvajes agresiones de su parte, como la que ha dado lugar á la actual campaña. El rifeño, sin desdeñar la lucha frente á frente cuando el odio de raza ó el fanatismo religioso le impulsa, prefiere la guerra de traiciones, sorpresas y emboscadas, para la cual sabe aprovechar como pocos el menor accidente favorable del terreno; se muestra cruel con el vencido, y en sus instintos sanguinarios no respeta ni siquiera á los muertos, cuyos cuerpos mutila con horrible ensañamiento.

Tal es el pueblo con quien tantas veces hemos luchado y que en la actualidad obliga á España á mantener en la plaza de Melilla un numeroso ejército, si no para vengar por ahora sus anteriores desmanes, para evitar nuevas tropelías.

**La guerra de Africa.** - Jefes de la ambulancia enviada á Melilla por la Cruz Roja de Madrid. Cierto es que los ejércitos modernos cuentan hoy con elementos de que carecieron los que existieron hace cuarenta años, y que como factor importantísimo, al movilizarse, van acompañados de brigadas sanitarias, provistas de cuanto la ciencia aconseja para socorrer á los heridos en el campo de batalla. La experiencia, sin embargo, ha probado que la asistencia oficial, ó sea la adscrita á los cuerpos armados, no podía llenar, en determinados casos, cumplidamente su sagrado cometido, dando con ello lugar á que la iniciativa particular aportara su auxilio para aminorar en lo posible las desgracias que ocasiona la guerra. En Suiza germinó la idea, que fué acogida fervorosamente por todos los que imados de cristianos



EL TENIENTE GENERAL EXCMO. SR. D. JOSÉ CHINCHILLA Y OÑATE  
comandante general del segundo cuerpo del ejército de Africa

una campaña, animados sólo del deseo de socorrer á sus semejantes!

**Un día de audiencia, cuadro de José Jiménez Aranda.** - Bien conocido de nuestros lectores es el nombre de este pintor ilustre, muchas de cuyas obras han sido reproducidas en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, dándonos repetidas ocasiones para ensalzar justamente sus talentos y decir lo que representa este artista en la historia contemporánea del arte español. Su cuadro *Un día de audiencia* es como una síntesis de sus aptitudes artísticas en el género que con predilección cultiva: en él se revela el conocedor de los tipos y costumbres de nuestros antepasados á principios de este siglo; el pintor enamorado de aquella indumentaria pintoresca como pocas, y como pocas rica en colores vivos y matices delicados; el dibujante correcto que cuida con solícito esmero de la forma; el artista asombrado ante la grandiosidad y belleza de nuestros monumentos arquitectónicos; el maestro, en suma, que siente hondamente la emoción estética y para quien no tiene secretos el arte de expresarla plásticamente.

**El teniente general Excmo. Sr. D. F. Primo de Rivera.** - El general Primo de Rivera es uno de los oficiales generales de más brillante historia del ejército español. Peleando siempre por el honor de nuestra bandera conquistó sus grados y alcanzó inmarcesibles laureles: un solo hecho de armas de los muchos por él realizados basta para probar sus méritos, la batalla de Montejurra y la consiguiente toma de la plaza de Estella en febrero de 1876. Allí se cubrió de gloria y demostró ser tan hábil estratégico como valiente soldado el que hoy manda el primer cuerpo de ejército de Africa y que por aquella acción de guerra alcanzó el título de marqués de Estella.

**El teniente general Excmo. Sr. D. José Chinchilla.** - Comenzó su carrera militar el actual comandante del segundo cuerpo de ejército de Africa en 1852, y después de haber tomado parte importante en las jornadas de Madrid de junio de 1856, pasó á Cuba con el general Serrano en 1857, en 1860 á Santo Domingo y en 1862 á México. En 1864 volvió á Santo Domingo, regresó á España al terminar aquella guerra, y al iniciarse la lucha separatista volvió á Cuba y de regreso á España combatió valerosamente contra los carlistas en el Norte. Es teniente general desde 1884; ha sido capitán general de Aragón en 1884, de Canarias en 1885 y de Cuba en 1889 y ministro de la Guerra en 1888. Al ser recientemente destinado á Africa desempeñaba la jefatura del cuarto cuerpo de ejército.

**El general de división Excmo. Sr. D. Manuel Macías** (de una fotografía). - Tiene el general Macías una brillantísima hoja de servicios, llena de hechos notables por él realizados en Santo Domingo, en la guerra carlista y en Cuba: terminada esta última, en la que alcanzó el grado de brigadier y la gran cruz del Mérito Militar, desempeñó tres años el cargo de comandante de Melilla. A poco de iniciarse los actuales sucesos fué nuevamente enviado con igual carácter á aquella plaza, y hoy es jefe del Estado Mayor general del ejército allí en operaciones. Los importantes trabajos de atrincheramiento por él llevados á cabo en el campo de Melilla durante su corto mando último han merecido grandes elogios del general Martínez Campos, quien, gracias en buena parte á ellos, ha podido comenzar inmediatamente después de su llegada la construcción del fuerte Sidi Auriach.

**Sres. Jefes y Oficiales del regimiento de infantería de Toledo núm. 35** á su salida de Granada para Melilla (de fotografía de los Sres. Señán y González). - A la galantería de nuestros buenos amigos los excelentes fotógrafos granadinos Sres. Señán y González debemos la fotografía que reproduce nuestro grabado representando á los señores jefes y oficiales del regimiento de Toledo, agrupados en el histórico patio de los leones de la Alhambra, momentos antes de abandonar la que fué capital de los monarcas nazaritas, para unirse al segundo cuerpo de ejército de operaciones en Melilla. Granada, al igual de las demás ciudades andaluzas, despidió al re-

gimiento con patriótico entusiasmo, demostrando con ello el interés que en todos despierta la guerra y el cariño que merecen los valientes oficiales y soldados, que en cumplimiento de su deber no titubean en derramar su sangre y exponerse á mil peligros por defender los derechos de la patria.  
¡Dios haga que puedan regresar con los laureles de la victoria, alcanzada con pocos sacrificios!

**El niño Raul Fausto Capablanca, notable ajedrecista** (de una fotografía). - Nació Raul Fausto Capablanca en el Campamento del Príncipe (Habana) en 19 de noviembre de 1888. Un día en que su padre, primer teniente de caballería, se lamentaba de la ausencia de su jefe, el general Loño, con quien solía jugar al ajedrez, díjole el pequeñuelo: «Yo me he aprendido las jugadas del general, y si tú quieres perder ahora, juega conmigo.» Comenzaron la partida y á los pocos minutos el chiquillo capturó á su padre casi todas las piezas y le obligó á rendirse.

Desde entonces el niño Raul es la admiración de los concurrentes al Club de ajedrecistas de la Habana, en donde juega solamente los domingos porque su padre, con muy buen acuerdo, no le permite jugar sino de tarde en tarde á fin de que no se fatigue su infantil imaginación, y eso que, según frase del presidente de aquella sociedad, «parece que los cálculos no le cuestan esfuerzo alguno, como si no tuviera que trabajar con el cerebro, sino sólo con la vista y con las manos.»

El juego de Raul, más que profundo y reposado es rápido y brillante y amenizado con frases picantes, con las cuales fustiga á sus adversarios derrotados. Para jugar el incipiente Ruy López se arroja en una silla, se apoya en el tablero con los brazos cruzados, y como un *Petit Caporal* mandando en jefe, tan pronto como su contrario juega le dice con inimitable gracia á cualquiera de los espectadores para que le ayude á ejecutar sus movimientos las jugadas que hay que hacer, y cuando el enemigo se le rinde se baja de la silla, hace en el suelo algunas piruetas y se vuelve á sentar esperando nuevos desafíos.

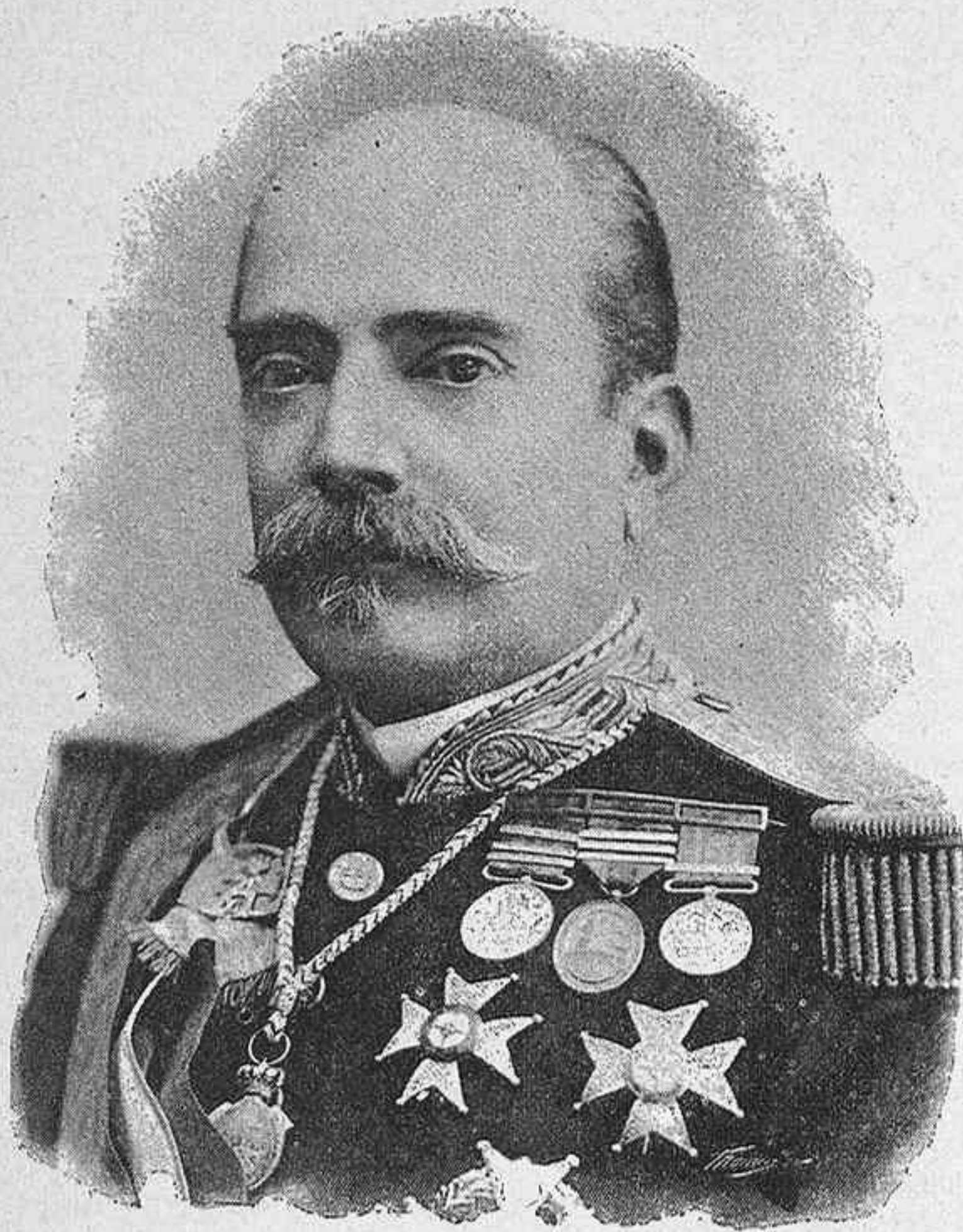
¿Cómo ha podido comprender ese niño los principios de tan complicado juego sin que nadie se los haya enseñado y sólo viendo jugar en silencio á su padre y á otras personas? El caso es realmente fenomenal y constituye una de esas maravillas que de cuando en cuando notan la existencia de un genio privilegiado.

Raul es el *champion* de los ajedrecistas infantiles, pues no se sabe que nadie á su edad haya podido comprender y ejecutar los planes de la ciencia de Steinitz.

**Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de Paris y que prescriben los médicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.**



EL GENERAL DE DIVISIÓN EXCMO. SR. D. MANUEL MACÍAS  
jefe del Estado Mayor general del ejército de Africa



EL TENIENTE GENERAL EXCMO. SR. D. F. PRIMO DE RIVERA  
comandante general del primer cuerpo del ejército de Africa

sentimientos, se hallan dispuestos á practicar las santas doctrinas del Crucificado. Ejércitos de paz, compuestos de médicos, practicantes, camilleros y de esas heroínas que conocemos con la denominación de *Hermanas de la Caridad*, constituyen la falange de la Cruz Roja, destinada al socorro de heridos en campaña. En España hállase la sociedad perfectamente organizada, conforme lo demuestran las expediciones de material sanitario remitidas á Melilla desde varias provincias y el personal que se ha trasladado á la plaza africana. Madrid remitió un servicio completo de Sanidad Militar compuesto de camillas, colchones, mantas, sábanas, catres, muletas, botiquines, etc. El alto personal de la ambulancia constituíanlo el Rdo. D. Mariano Antonino Herrero; el Excmo. Sr. marqués de Casa Pacheco, vicepresidente de la Asamblea Suprema de la Cruz Roja; D. Juan Cortellini, tesorero; D. Ramón García Rodrigo Necedal, y los doctores D. Ricardo Moragas y Ucelay, D. Victor Gutiérrez Romillo y D. Manuel Rodríguez. El personal subalterno hállase formado por un oficial de secretaria y un escribiente, cinco practicantes de cirugía, dos de medicina, uno de farmacia, un jefe de camilleros, un carrero, un corneta, un ordenanza y veinticinco camilleros.

¡Bien haya tan laudable institución y bien hayan los que abandonan su bienestar exponiéndose á las contingencias de



## LA POLA

NOVELA ORIGINAL POR EVA CANEL. - ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONCLUSIÓN)

«Me ama todavía y me ama como yo la amo, decía Pacheco. ¿Por qué no he de esperar ahora la dicha? Ya sabe que no soy libre, que no puedo darle mi nombre; sabe también que he cumplido mis deberes de caballero, mis obligaciones de hombre honrado...

Calló solamente el nombre de su protector y el de su prima, pues que ambos figuraban en la interesante biografía; y como se llamaba Leopolda Suárez, la sociedad madrileña se dió á buscar una dama encopetada que llevase aquel apellido; no pudo dar con ella.

¡Qué grande vió Luis á Pola en aquella franqueza y en la reserva que usaba con el nombre de la prima infame! Madrid entero estaba intrigado. No era el menos contento Roncalito. «¡La Pola, hombre; la galleguita, se decía, haber llegado tan alto! Ya será menos montaraz, ya sabrá apreciar lo que vale un muchacho aristócrata que viste frac correctamente; le pediré perdón por las inconveniencias de aquella noche, y la trataré con los mayores respetos... Las muchachas así... salidas de la nada, son muy dadas á que las traten como á grandes señoras.»

Se anunció la llegada de Pola; la empresa y algunos abonados, tan curiosos como desocupados, fueron á la estación á esperarla. El efecto que su presencia produjo fué desastroso; los retratos la favorecían muchísimo; tenía bonitos ojos, negros y grandes; nariz correcta, cejas arqueadas, boca chiquita, dientes diminutos, pelo castaño y sedoso; pero ¡era tan poquita cosa, tan menuda, tan delgadita, y tenía una mirada tan triste y apagada, que no correspondía la mujer á lo que se decía de la cantante! Los abonados le pusieron un pero enorme: con aquella expresión seráfica y aquella humildad no se iba á ninguna parte.

En fin, allá verían si habían de aplaudir ó de silbar.

Pola paseó la mirada por el andén; hubiera querido que Luis faltase á su juramento;

casi le reprochó el cumplimiento estricto de su palabra; quiso hospedarse Pola en un hotel, y en todo el trayecto desde la estación á la Puerta del Sol no dejó de mirar por la ventanilla del carruaje; pero no vió á Luis.

¡Cómo le latía el corazón! Escribió inmediatamente una carta; era para él; le decía que había llegado, que *debutaría* á la noche siguiente, y que al otro día estaría en su gabinetito á las dos de la tarde; no iría más temprano para que no dejase Luis de almorzar con su familia. Ni una palabra de amor, ni una. Pacheco no había ido de ocultis á la estación, ni había visto á Pola; pero estaba en la casa de la calle de San Miguel cuando llegó á ella la señora de Altuna; también él tenía esperanzas de que Pola no pudiese resistir al deseo de ver su gabinetito.

Luis abrazó y besó á la excelente señora. Tantas eran las preguntas que le hacía, tan pronto exigía las respuestas, que no había medio de entenderse; pero lo supo todo, todo; que Pola no vivía más que para él y que vivía muriendo porque le adoraba, y sabía que su dicha era imposible de realizar.

«¡Oh! No, no es imposible, pensó Luis; yo te probaré hasta la evidencia que los lazos del alma los forma Dios, y que ninguno hay más santo ni más grande que el del amor.»

Contestó á Pola: «Respiro el aire que tú respiras; estoy cerca de ti; siento los latidos de tu corazón; me miro en tus ojos; ya soy feliz, Pola;» y no pudo escribir más. La señora de Altuna le prometió volver en la tarde con otra carta y volvió. En ella no hacía refe-

rencia la joven á las frases de amor que Luis le había escrito por la mañana. Le repetía que *debutaba*, le rogaba que fuese á oír y que llevase á su esposa.

Este ruego hizo á Luis muy mal efecto. «Busca un escudo contra sí misma y contra mí; quiere evitar que yo entre en su cuarto, pensó. Pues bien: procuraré que vaya Camila. Desde la muerte de nuestro hijo no hemos vuelto al Real; yo no tendría tampoco pretexto para ir sin ella. ¿Querrá?»

Luis pensaba todo esto yendo á su casa á la hora de comer, preocupado con las emociones de aquel día y prometiéndose rondar aquella noche el hotel en donde se hospedaba Pola para estar cerca de la criatura idolatrada.

La señora de Altuna le había dicho que respetase el capricho de Polita. «Si le veo antes de mi estreno y si visito antes también la tumba de mi madre, no respondo de mi éxito; debo cumplir primero con mi obligación,» dijera la joven.

No sabía Luis cómo entablar con su mujer la conversación sobre el acontecimiento lírico que para la noche siguiente se preparaba; temía venderse, y temía que la suspicacia de Camila, siempre maliciosa y dispuesta á juzgar mal, cayese en la cuenta de que tenía demasiado interés por oír á la Pola.

Cuando Luis torturaba la inventiva para hablar de lo que tanto le preocupaba, se estremeció como si lo hubiesen pinchado; su mujer le preguntaba un tanto confusa si iría al estreno de la célebre artista.

- ¿Por qué me lo preguntas?

- No: por nada. ¡Como viene precedida de tanta fama!..

- Sí; dicen que es sorprendente.

- Por eso.

- ¿Quieres que vayamos?

- Yo no tengo interés: ya sabes que mi ánimo no volverá á estar jamás dispuesto á diversiones; pero si por mi causa has de dejar tú de ir, iremos.

- Pues iremos; esta misma noche voy á comprar el palco.

- Es inútil, no hay ninguno; pero estuve hoy en casa de la marquesa del Arroyo y me invitó para el suyo; con mandarle un recado diciéndole que aceptamos...

La del Arroyo era la madre de Roncalito, y Luis odiaba al muchacho hasta el punto de necesitar contenerse para no pegarle cuando le echaba la vista encima. Sin embargo, aceptó.

- El hijo de la marquesa conoce á esa cantante, dijo Camila con indiferencia, y asegura que es verdad cuanto dice la biografía; lo que no sabe es el nombre de su protector.

- ¿Y sabe el de su prima?, preguntó Luis para disimular su turbación.

- Creo que no, replicó Camila, no hemos hablado de esto.

Si Luis hubiera mirado á su esposa, advirtiera en ella alguna turbación; pero hartó preocupado con la que él sentía, continuó comiendo y mirando al plato para mejor disimular.

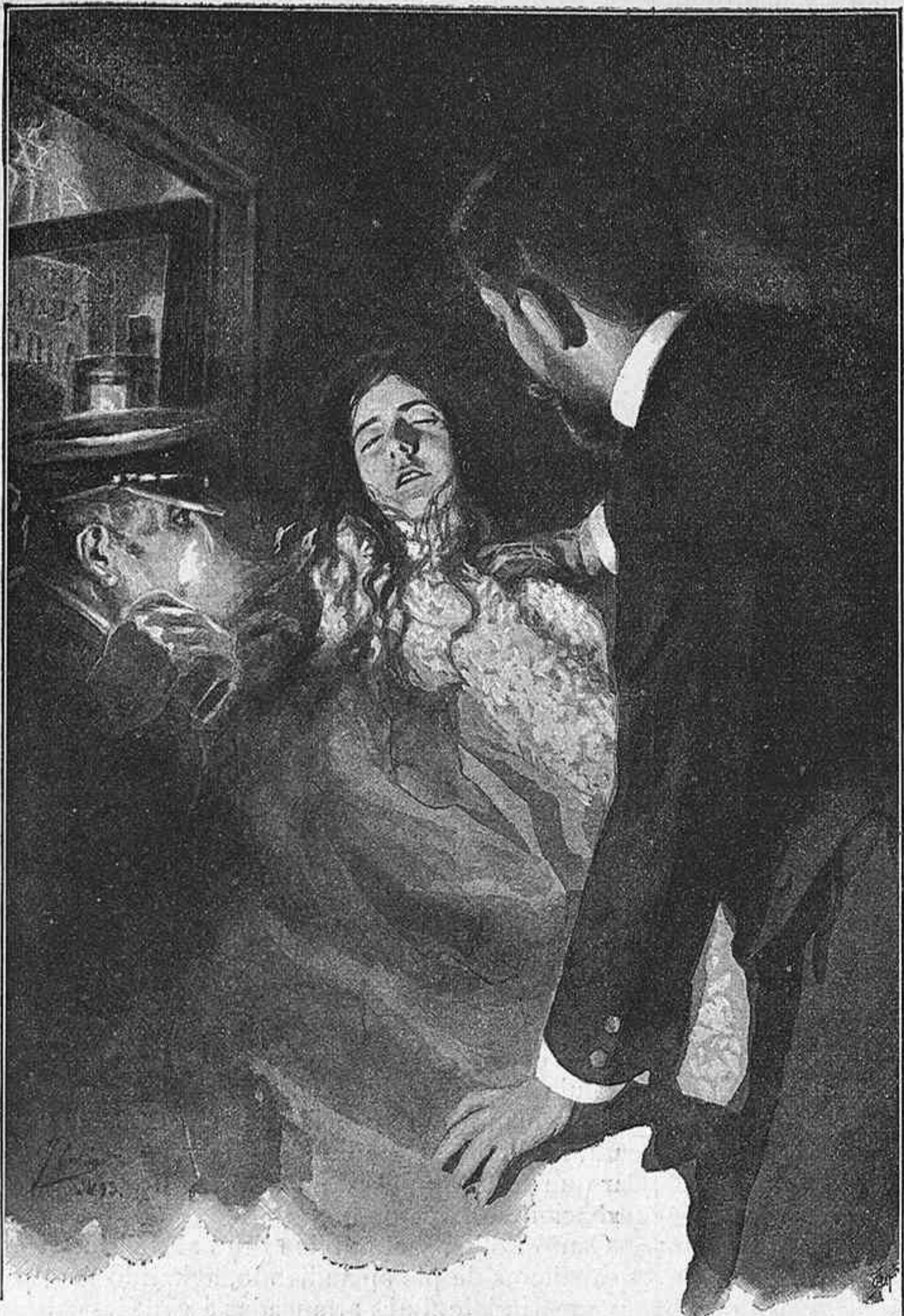
No se habló más; enviaron la contestación á la marquesa, y quedó convenido que asistirían al estreno de la Pola.

\* \*

El teatro Real lucía sus mejores galas.

Temprano se había dado cita la concurrencia, y antes de comenzar la ópera, ya la brillante sala estaba llena. Había intranquilidad en los ánimos, desasosiego en el pensamiento, y todo el mundo aguardaba con impaciencia jamás sentida en tales casos.

¡La Pola! Este nombre corría de boca en boca: los que la habían oído ensayar aquella mañana, no pudieron formar idea, porque no había hecho otra cosa, como quien dice, que escuchar la orquesta y conocer á sus compañeros. La empresa mostrábase reservada; el director de orquesta encogía los hombros, arqueaba las cejas y extendía el labio inferior; los primeros violines respondían con un «veremos» á quien los interrogaba, y los abonados que la conocían personalmente aseguraban que como mujer no valía un comino. Pero, en fin, la fama era extraordinaria.



Pero Luis, á la vista de su niña querida, de su amor celestial, se arrojó sobre ella...

¿Soy yo culpable si el amor me abrasa y si loco me dejó arrastrar por una pasión que del más puro afecto ha nacido? No iré á Lisboa, no iré; pero ella vendrá, yo quiero que venga; lo quiero. Si me ama como yo la amo, ¿qué nos importa el mundo ni los seres que lo pueblan? Sin ella no quiero la vida, no la necesito.»

Recibió Pola una contrata en blanco de la empresa del Real de Madrid. Sus luchas fueron terribles; aceptó por fin, pero exigiendo *debutar* un día señalado del mes de enero y con *Lucía*. La empresa asintió sin vacilar.

Luis creyó morir de placer cuando recibió la noticia; pero Pola exigía que no la viese hasta después de su *debut*; al día siguiente del estreno se trasladaría del hotel á su casita, ya que la conservaba, y allí se verían; antes, de ninguna manera; si Luis no prometía y juraba cumplir esto, rompería el contrato que acababa de firmar.

Pero Luis lo prometía todo por volver á verla.

No faltaban dos meses para lograr esta dicha, y le parecía que estaba tan lejos...

Nunca sus impacencias ni sus desasosiegos fueran iguales.

La empresa del Real lanzó al público el nombre de la celebridad; había contratado á la Pola; una *estrella* que no cumpliera los diez y nueve años. Pidieron datos biográficos y la artista los envió cumplidos: nada quiso ocultar; relató su vida entera sin reservas, desde que sus recuerdos aparecían en el pueblecillo de la provincia de León, que recordaba siempre, hasta su *debut* en Milán con el *Barbero de Sevilla*.



Los reyes y las infantas ocupaban su palco también antes que comenzase la función; el entusiasmo era grandísimo.

No había sido Camila de las últimas en llegar, y entró en el palco antes que la del Arroyo. Luis estaba pálido, descajado; no sabía lo que pasaba por él; no había podido comer, el estómago rechazaba todo alimento, tal era la revolución que traía el regulador de su organismo. El corazón se le había repartido por todo el pecho, los oídos le zumbaban, las piernas parecían de trapo y el brazo apenas podía sostener el de su mujer. Hubiera querido Luis que ya estuviesen los marqueses en el teatro; temía encontrarse solo con Camila cuando apareciese Pola; temblaba como el criminal novel cogido in fraganti. ¿Y si no podía contenerse y delante de su mujer se vendía? Estar allí, allí, tan cerca de ella y no entrar a verla, a estrecharla, a impedir que saliese al público... Luis se arrepintió por vez primera de haber enviado a Italia a su protegida; él tenía la culpa de que toda aquella gente fuese a juzgar a Pola, a censurarla o aplaudirla, a lo que fuese, pero siempre a ocuparse de ella, de ella, que estaría temblando como él temblaba... Pola debía estar sufriendo horriblemente, pero él sufría muchísimo más; hubo momentos en que se le turbó la vista y creyó desvanecerse; jamás se había violentado tanto; nunca tuviera necesidad de hacer mayores esfuerzos con haber hecho muchos en el espacio de dos años. Camila parecía también impaciente y preocupada.

El primer acorde de la orquesta produjo en Luis una violenta conmoción; ahogó un grito y apretó el corazón temeroso de que saltase hecho pedazos: en ese momento entraron los marqueses del Arroyo y su hijo; con el movimiento de entradas y saludos pudo reaccionarse Luis un tanto.

Roncalito y el marqués insistían para que Pacheco aceptase un puesto visible, pero se negó pretextando que se encontraba atrás mucho mejor. Ni sabía lo que pasaba por él, ni lo que sentía, ni lo que deseaba; apenas veía, y cuando sintió la voz de Lucía y el murmullo del público, se levantó sin poder contenerse; la voz había llamado a su alma con un repique alborotador; el recuerdo de aquella noche de luna, de aquel *Salve dimora* tan dulce y arrobador, vino a salvarle de no cometer una imprudencia: vio a Pola sentada en el banco de piedra del paseo a su lado, abandonándole la mano y cerrando los ojos; era completa la ilusión. Pero ésta duró poco: no pudo conformarse y miró, miró ansiosamente, miró con amor infinito a su niña, a su pequeña encantadora: era ella, era la misma, con su aspecto enfermizo y triste; ¡pero qué voz!, ¡qué voz del emperio era la suya! El público estaba electrizado y estalló en un aplauso. Roncalito se puso de pie, alzó los brazos y aplaudía adelantando el cuerpo sobre la cabeza de su padre.

— ¡Brava! ¡Bravísima!

Pola paseó la mirada por la sala, inclinó primero el busto haciendo una reverencia a los reyes que la aplaudían con entusiasmo y saludó después al público. Luis creyó que las miradas de Pola le buscaban: no hizo nada para que le viese, pero tampoco se ocultó; quedó inmóvil, pálido y con los ojos fijos en la criatura idolatrada. ¡Qué bella era! ¡Qué hermosa tan dulce y tan expresiva la suya!

Al terminar el acto, volvió a levantarse el telón para que saliese la Pola; el público estaba contentísimo y se prometía un concertante y un rondó excepcionales.

Luis no pudo moverse del palco, pero Roncalito salió disparado; iba corriendo a saludar a la *diva*, eran antiguos conocidos y amigos. Pacheco le hubiere ahogado de buena gana por embustero y por malvado; recordaba lo que le había contado Pola.

La marquesa declaró que le gustaba mucho la artista; era fuertemente simpática aquella carita de muñeca linda, y aquellos ojos y aquel cuerpo endeble prevenían en favor de sus condiciones morales.

Camila apenas hablaba: parecía preocupadísima. La platea de la marquesa estaba situada casi enfrente del palco regio, y la de Pacheco no quitaba ojo a los reyes cuando aplaudieran con muestras de simpatía hacia la cantante; cualquiera diría que sentía envidia de ésta.

Roncalito volvió mohino: la Pola no había querido recibirle, es decir, no podía recibir a nadie; así lo dijera su dama de compañía, una señora que se daba tono de reina destronada.

— ¿No tiene madre?, preguntó Camila echándose los gemelos a la cara, por lo cual no pudieron advertir que se turbaba para preguntarlo.

— ¿Pues no ha leído usted su biografía?, saltó Roncalito dándose humos de muy enterado.

— ¡Ah! Sí, es verdad.

— Se la encontró muerta de hambre y de frío una noche que volvía de pedir limosna. ¿Y querrán uste-

des creer que siento así como remordimiento? ¿Que de qué? Pues de no haberla socorrido, porque aquella noche bajaba yo del Veloz y la encontré en el portal... y... vamos, que fuimos crueles con la pobre muchacha. ¡Quién había de pensar!

Luis miró a Roncalito con ira.

— Yo quería hablarle esta noche para pedirle perdón y ofrecerle mis respetos; pero si no se la puede ver... lo dejaremos para otra noche: en el otro intermedio volveré... ¡Quién sabe si el protector anónimo la prohíbe que reciba visitas! Será un viejo verde, egoísta, que todo lo quiere para sí.

Pacheco hubiera pulverizado a Roncalito.

El segundo acto mantuvo latente el entusiasmo del público. El heredero del marquesado del Arroyo se deshacía las manos aplaudiendo rabiosamente, hasta llamar la atención de los artistas, que miraron al joven y cuchichearon entre sí; la *diva* dirigió también la vista al palco, y por un instante sintió que le faltaban los alientos; fijó sus ojos grandes y negros en Camila de un modo amenazador, y Camila bajó los suyos como si aquellos ojos le hubiesen clavado dos puñales.

Luis vio a Pola fijarse con insistencia en su mujer y creyó que ya la conocía.

— ¿Será casualidad ó habrá preguntado?... se dijo. De lo que estoy seguro es de que no me ha visto a mí. ¡La miró tanto a ella y con una expresión!.. Creo que la miraba con odio... ¡Odio, no! Los ángeles no pueden sentirlo por nadie y menos por una mujer que de nada es culpable.

— Me ha reconocido, dijo Roncalito lleno de orgullo, se ha fijado en mí: le han llamado mis aplausos la atención.

— ¡Qué necio!, pensó Luis.

— ¡Allá voy otra vez!

Y Roncalito salió del palco atropellando sillas.

¡Qué ganas se le pasaron a Luis de darle un achuchón!

— ¿Por qué no vienes, Luisillo?

— No tengo ganas de moverme.

— Estás electrizado, ¿verdad?

— Sí.

— La cosa no es para menos, chico; el fin del mundo en *Lucías*, lo nunca visto. ¡Cómo saldrá ese *rondó*!

Antes de un cuarto de hora ya estaba Roncalito de vuelta; pero qué satisfacción; qué alegría le retorbaba por todo el cuerpo.

— La he visto, he hablado con ella; me colé con el empresario, que entraba con un gentilhombre. Sus majestades la han felicitado con mucho cariño, y es una buena chica. ¡Queréis creer que al recibir el recado de los reyes se echó a llorar!..

Luis levantó los ojos al palco regio; si hubiera podido estrechar contra su corazón a los soberanos los hubiera estrechado con gratitud sin límites.

— Pues, entré, dijo Roncalito, hablando atropelladamente; fuí a besarle la mano, pero se conoce que todavía no está hecha a galanterías, y se retiró. La dama de compañía, que parece un rey de armas, estaba allí tiesa y espetada, como si fuera su madre; contesta ella a todo y mete su cucharada; habla más que la Pola. Le pedí perdón por aquella tontería y me dijo que no quería recordarla. ¿No les dije a ustedes antes que había reparado en mí? ¡Vaya! Pues me preguntó quién era usted, Camilita.

Luis tembló y Camila se puso pálida.

— Lo raro es que la conoce, porque le dije: la señora de Pacheco, Camila Flórez. «Sí, me contestó, Suárez Flórez.» Ya ve usted, yo no lo sabía; siempre he oído decir Flórez Flórez, y...

Un rayo que hubiera caído a los pies de Luis no le hubiera hecho peor impresión. Recordó detalles; el origen de su suegro, la provincia donde había nacido aquél, la estancia en Cuba; todo, en fin, y vio claro, muy claro: su mujer era la prima de Pola, era la criatura infame que no había tenido compasión de su tía ni de una niña huérfana.

Entretanto Camila balbuceaba un «no sé.» Luis la miraba de un modo tan despreciativo que Camila sintió el peso del desprecio, y por vez primera en la vida se vio pequeña, humillada ante la grandeza de su prima, y lo que era peor, ante su propio marido. Aquella mirada se lo decía todo, y hubiera querido estar en su casa a solas con Luis para mostrarse arrepentida; pero estaba allí y era necesario disimular, fingir, torturarse y luchar consigo misma. ¡Qué maldita ocurrencia la suya! No había podido resistir a la tentación de oír cantar a su prima. ¡Quién había de pensar que la viese, ni que aquel mentecato hiciese tonterías por hablar a la cantante!..

Luis sufría horriblemente. ¡Pensar que una mujer sin corazón era la madre de su hijo; pensar que llevaba su nombre!.. La hubo creído pequeña, fría, indiferente, orgullosa..., pero infame no la hubiera con-

siderado jamás..., y lo era, sí que lo era; si no amor, le había tenido consideración y atenciones, pero desde aquel instante había concluido todo entre ellos; ni los lazos del afecto de familia podían quedar. ¡Desprecio, sólo desprecio le inspiraba aquella mujer a quien la sociedad citaba como modelo de virtudes caseras! ¡Oh! La Providencia tenía castigos espeluznantes, ocultos entre los inescrutables códigos de su justicia; la dama, la gran señora, la orgullosa que había desoído la voz de la sangre, la que hacía alardes de caridad y virtudes, arrojaba de su casa a dos infelices parientes que le pedían protección y amparo, tan sólo por no confesar que había pobres en su familia. El pensamiento de Luis voló al cielo buscando a su hijo. Decía todo el mundo que había sacado Luisito el carácter de su padre y Juanito el de la madre: Juanito vivía; Luis había muerto. ¿Sería posible que estuviese el condenado a vivir entre una esposa y un hijo de alma raquíca? Le quedaba Pola, Pola que lo amaba como los ángeles aman a Dios; ya no había obstáculos entre ellos ni consideraciones de familia que se opusiesen a la dicha de ambos; cuando supiese que aquella prima odiada por ella era su esposa, cuando le recordase que había dicho en un momento de arrebato que hubiera sido capaz de robarle su marido para vengarse de ella; entonces, sí; entonces no habría dique en la moral social ni en el sentimiento para contener la pasión desbordada.

— Todavía he de volver a la carga, dijo Roncalito, a ver si logro introducirme de nuevo, y le preguntaré, si es que a usted le interesa...

— No, replicó Camila, pudiendo a duras penas disimular. ¡Quién sabe!.. En el extranjero acaso...

Luis la hubiera ahogado. Ni entonces quería confesar que era su prima. Se había hecho pública su perversidad con la biografía de la Pola; la sociedad buscaba entre sus mujeres distinguidas una que fuese capaz de tal villanía, y Camila menos que nadie podía ser desposeída de la aureola de virtud que la circundaba. No había de ser ella la que lo dijese. Con cuánto placer hubiera gritado Luis: «¡Yo soy, yo soy su protector!»

Llegó el momento supremo para Lucía, el *rondó*; ninguna artista podía vanagloriarse de obtener un aplauso con sólo presentarse en la escena, flotante la enmarañada cabellera y envuelta en blancos ropajes. No era la Lucía de siempre con su bata de nansuk elegante y correcta, su pelo tendido y alisado y su brazo coquetamente desnudo, apareciendo incitante debajo de la manga perdida. Era la loca tranquila, la demente por amor, que imprimía a su albo traje en los pliegues y los recogidos el sello de la demencia. La cabellera espléndida y sedosa de Pola caía enmarañada con arte, desbordándose por el pecho después de cubrirle la espalda; sus ojos parecían más grandes y tenían fosforescencias incompatibles con la locura; sin embargo, nadie al contemplarlos podía dudar que veía la pupila de una loca reflejando las perturbaciones del cerebro.

Cantó Polita, y el público llegó al delirio; señoras y caballeros de pie aplaudiendo, agitando los pañuelos, arrojándole flores arrancadas a gentiles cabezas y á escotes pronunciados y prodigándole delirantes adjetivos, todo formaba un espectáculo único en los fastos líricos de la corte de España.

Pola miró al palco en donde había visto a su prima; quiso hacerle sentir el peso de su triunfo, anonadarla con su gloria; pero entonces, entonces se presentó a sus ojos la figura del hombre amado, que sin reservas y sin ocultarse la contemplaba extasiado, inmóvil y pálido como un cadáver.

— ¡Luis! ¡Luis!, gritó el alma de Pola, y cayó sin sentido como *cae el cuerpo muerto*, que dijo Dante.

La presencia de Luis en aquel palco y su repentina vista acabaron con sus fuerzas físicas.

Bajó el telón rápidamente; la confusión fué grandísima, espantosa; todos corrían a enterarse presurosos del estado de la *diva*; nadie podía entenderse, hablaban á gritos, comentaban el accidente, inventaban causas; en una palabra, parecía que la voz de «fuego» hubiera sonado en la sala llevando el espanto a los espectadores.

A la caída de Pola, respondió un grito horrible de Luis. «¡Pola! ¡Pola de mi alma!» dijo, y salió del palco, frenético, sin sombrero, sin abrigo y sin pararse en medir las consecuencias de tan imprudentes palabras.

El espanto de Camila, de los marqueses y de Roncalito fué grande. Nadie se atrevía a romper el silencio; semejante revelación era terrible. Roncalito salió detrás de Pacheco; no podía conformarse con la pasividad de su papel.

Llegó Luis a la puerta del cuarto de Pola atropellando a todo el mundo, abriéndose paso a puñetazos. Los que le conocían supusieronle con la razón extraviada; los que no sabían quién era le creyeron médico.



Una muralla humana defendía la puerta; Luis hubiera saltado por encima de todos.

La señora de Altuna, que oyó su voz, gritó desde dentro: «¡D. Luis, D. Luis!» La multitud, respetando aquel enigma para mejor tener después la satisfacción de descifrarlo, abrió paso al loco que se precipitó en el saloncito, sobre cuyo diván descansaba el cuerpo inmóvil de Pola.

— Otro ataque como el de Milán, dijo llorando la desolada señora abrazando á Luis.

Pero éste, á la vista de su niña querida, de su amor celestial, se arrojó sobre ella, besándola y prodigándole las caricias más tiernas.

— Es su protector, su segundo padre, dijo en alta voz la compañera de la *diva*, creyendo necesaria tal explicación.

El médico de la empresa estaba tomando disposiciones.

— Ante todo sacarla de aquí, doctor, dijo Pacheco.

— Guardemos á que vuelva en sí primero.

— No, no. Véngase usted con nosotros á casa; la llevaremos; su abrigo, dijo Luis, venga su abrigo.

La señora de Altuna descolgó una capa de pieles, recogió sus hermosos cabellos dentro de una cofia y la envolvió abrigándola mucho.

Luis tomó en brazos á Pola como si fuese una pluma. Los curiosos apiñados á la puerta del cuarto le abrieron paso, y Roncalito sorprendido de tamaña confianza dijo en alta voz:

— ¡Pero Luis, pero Luis! ¡Camila te espera, hombre!

— Dila que se marche; ahí tendrá su coche; yo voy con mi hija adoptiva.

— ¡Tú, tú eres el que!..

— Yo, yo soy el que...

Roncalito no quiso escuchar más y volvió corriendo al palco.

— ¿Sabe usted por qué la Pola me preguntaba por usted, Camila?

— No, dijo temblando y creyendo que se había descubierto su parentesco.

— Pues, porque... porque... Luis es su protector: el que le dió la carrera... el incógnito interesante y simpático de la biografía; sólo nos falta saber quién es la prima... No tenga usted celos, Camilita, porque sería... vamos, sería... no sé cómo decirlo... cambiarla á usted por una chiquilla espurriada... No lo creo.

Camila no escuchaba.

— ¿Pero no viene á buscarme?, ¿no viene?

— ¡Quia! Si la lleva en brazos desmayada para el hotel, y va como salió de aquí, de frac y sin sombrero.

— Pero me ha dejado en el teatro por acompañar á... esa...

— Dijo que se fuese usted, que ahí tendría el coche.

Camila rugió de ira: la marquesa se ofreció á llevarla en el suyo; Camila no quiso aceptar.

— No necesito á nadie, dijo, gracias; saldré con ustedes, y nadie sabrá...

Con efecto, salieron juntos. El marqués dejó á la de Pacheco dentro de su coche, y ésta llegó á casa llorando de rabia. Desnudóse rasgando los vestidos, y ni de dar un beso á su hijo se acordó aquella noche.

Aguardó levantada hasta la mañana siguiente. Luis no llegaba; por la mañana envió á Joaquín al hotel donde la Pola se hospedaba, y volvió éste diciendo que la cantante había sido conducida á una casa particular.

Camila esperó inútilmente. En todo el día no pareció Luis ni envió un mal recado. También aquella noche la pasó en vela, aunque acostada.

Al tercer día de ansiedades y zozobras disponíase á jugar el todo por el todo averiguando el paradero de Pola, segura de que con ella estaba su marido. Los periódicos no le decían nada nuevo; lo que ella sabía; lo que en el teatro había pasado, pero nada más; la *diva* había sido casi secuestrada por su protector. No se hacían más comentarios románticos y pintorescos, ni otra cosa que pudiera sacarla de las ansiedades en que estaba. ¡Oh! ¡Bien se había vengado aquella chiquilla; bien la humillaba robándole su esposo á la faz del mundo! No creía en las casualidades; Pola lo habría buscado, acaso su madre, y lo habrían enloquecido con intenciones aviesas; le deseaba la muerte, sí, se la deseaba con toda su alma. ¡Infame! Razón había tenido en no recibirlas ni protegerlas. No pasaba de ser una aventurera, una perdida...

Joaquín pidió permiso para hablar á la señora. Quería comunicarle que el señor acababa de llamarlo por medio de una tarjeta y salía en aquel momento obedeciendo las órdenes.

— No vaya usted; que venga él.

— La señora comprenderá que no puedo excusarme.

— ¿Y dónde está?

— En la calle de San Miguel, núm.... El señor no me ordena guardar el secreto.

— Está bien.

Joaquín salió y Camila se arrojó llorando en aquel sofá donde otra noche clavara las uñas. Luchaba entre los celos rabiosos que la atormentaban y su dignidad ofendida y su orgullo pisoteado. ¡Jamás, jamás perdonaría á su marido aquella infamia, aunque se lo suplicase en la hora de la muerte! ¿Iría á sorprenderlos, á insultarlos, á confundirlos con su presencia?.. ¿Y su decoro de gran señora y su nombre de prudente y altiva?..

Cuando Luis, loco de dolor, entró en el carruaje que á la puerta del vestuario del Real aguardaba á Pola, estrechando el cuerpecillo inmóvil de ésta, dió la orden de ir á la calle de San Miguel; allí, á su casa; tal vez su cama le vuelva la vida; quizás aquellas paredes reanimen su corazón y su cerebro.

El coche partió á escape, después de recibir órdenes el cochero, por la calle de San Miguel, triste y en semiobscuridad: no transitaba nadie á semejantes horas.

El sereno se aproximó al ver parar un carruaje particular; abrió la puerta, y la señora de Altuna se precipitó en el portal, subiendo á tientas la escalera y cayendo y hociendo en todos los escalones. Llamó con furia y repetidas veces; entretanto Luis, alumbrado por el sereno y seguido del médico, subía lentamente con su preciosa carga.

La criada de Pola se levantó despavorida; la confusión fué grandísima. Inmediatamente se pusieron sábanas á la cama, y antes de cinco minutos estaba Pola descansando en aquel lecho, del cual no había dejado de acordarse ninguna noche desde que saliera de Madrid.

El médico recetó, el sereno fué á la botica, la portera y el portero bajaron despavoridos al primer aviso de su sobrina, y ésta encendió la chimenea para templar el gabinete y comunicar calor al dormitorio.

Luis no se apartaba de la cabecera de Pola, llamándola y acariciándola como había llamado y acariciado á su Luisito cuando temía perderle.

A pesar de los medicamentos, no cedió el síncope hasta las cinco de la mañana. Cuando Pola levantó los párpados vió á Luis á su lado, á Luis que delirante la llamaba, estremecido de alegría porque ya se miraba en sus ojos. Una sonrisa divina contrajo los labios pálidos de Pola.

— Sí, contestó la niña. Ya puedo morir.

— ¿Morir?, no, amor mío: vivir para mí; para mí, que te adoro.

El doctor prohibió toda conversación y se retiró, prometiendo volver á las diez de la mañana.

Volvió con efecto, pero aseguró que á pesar de la mejoría que creían observar, Pola estaba peor, mucho peor. La fiebre había aumentado y no había medio de hacerla callar á la niña, por más que se la recomendase el silencio.

Quería charlar con Luis. ¡Tenía tantas cosas que decirle!..

Hablaba de su triunfo, de los que obtendría, del mausoleo que levantaría á su madre, de las limosnas que enviaría á los necesitados de su pueblo, y todo ganado por ella, por ella...

— ¡No, Pola mía! No cantarás más; yo no quiero, ¿oyes?, no quiero; soy rico, muy rico...

— Pero tienes esposa, tienes... tienes un hijo.

— Mi hijo... Sí, mi hijo..., pero mi esposa no es digna de que yo la quiera.

— ¿Te es infiel?

— No.

— Entonces no es indigna de tu cariño, Luis.

— ¿Pero no sabes quién es mi esposa? ¿No lo sabes?

Pola dió un grito; lo recordaba todo; había visto en el mismo palco á Luis y á Camila. Se incorporó en un acceso de fiebre y quiso levantarse delirando y llamando á voces á su madre.

— ¡Madre mía, madre idolatrada! ¡Dios es justo, y él te ha vengado, castigándola en lo más grande, en lo más doloroso, en el amor!

Después de la explosión nerviosa que la revelación produjo en Pola, cayó sobre las almohadas desfallecida. «¡Luis, Luis!, decía con voz apagada; perdónala... y ámala... ¡Pobre mujer, pobre mujer! La muerte de su hijo basta para purificarla.

— ¡Pola, criatura celestial! ¿Y eres tú la que me pides que la ame?

— Sí, yo. En cuanto me ponga bien marcharé de Madrid, Luis; no debemos estar cerca. ¿Verdad que no debemos? ¿Me olvidarás? Yo quiero que me olvides; si yo me muero de amor no hago daño á nadie; pero tú, sí; tú no te pertenesces; eres de..., de mi prima. Yo la he perdonado; Luis perdónala tú también.



La marquesa se ofreció á llevarla en su coche

— Luis, dijo débilmente, *io l'amo*, y volvió á cerrar los ojos.

— ¡Pola, Pola de mi vida! Pequeña hermosa, ¿te acuerdas, te acuerdas de cuando te llamaba mi pequeña?

Fué necesario incomodarse con Pola para que callase. El médico dijo que estaba peor y que no había esperanza: duraría pocos días; la materia había succumbido al espíritu; allí no existía ya más que un alma potente, grande, inmensa; pero la cárcel que



aquel gigante encerraba era incapaz de sostener su peso, el espíritu de Pola no se avenía con semejante cuerpecito.

Al cuarto día de fiebre, rebelde á todo tratamiento, dijo el médico:

— Esto se apaga. Le quedan pocas horas de vida.

Luis creyó volverse loco y se abalanzó sobre la cama.

— ¿Qué tienes, Luis? ¿Lloras porque pienso cantar en San Carlos de Nápoles? ¡Nápoles! ¡Qué bello es Nápoles! ¡Si supieras cuánto he pensado en ti paseando por aquella campiña! ¡Qué derroche de luz y de colores ha echado la naturaleza sobre aquel pueblo! ¡Qué mareo de bellezas, qué borrachera de poesía! Allí he sufrido mucho, muchísimo; todas eran para mí noches de luna. ¡Noches de luna! ¿Te acuerdas de las noches de luna, Luis? La luna de la Castellana, la luna del campo. ¿No es verdad que hay dos lunas en el firmamento? Dos, sí. La que vemos cuando somos felices y la que nos alumbraba cuando somos desgraciados. Luis, Luis, ¿crees ahora que se enlazan allá... en un astro... las almas de los que se han amado en la tierra?

— Sí, Pola, sí; creo todo lo que tú crees y amo lo que tú amas.

— Pues ama á Camila.

— La odio porque tú la odias.

— ¿Yo? ¡Dios mío! ¿Quién te ha dicho eso? ¿Odiarla? ¡A una mujer desgraciada..., á mi prima!.. Mírame, Luis, yo soy Pola, y Pola no es mala ni rencorosa, ¿verdad? Polita no sabe ser esas cosas feas... Oyeme atento, muy atento. He leído, no sé en qué libro, que cuando Dios da permiso á un alma para que volando, volando, baje á la tierra, á esconderse en el huequecito invisible de nuestro ser material, suelta detrás de aquélla, otra igualita, hermana gemela, tanto que se las tendría por dos mitades de un todo si fuese posible observarlas. Como de la gloria no han salido juntas, ni sabe la que salió primero que ha de salir la segunda en seguimiento suyo, vuela, vuela por los espacios hasta que encuentra el refugio que le ha destinado el que lo dispone todo; la otra, cansada de correr y de revolotear, fatigada y triste por no haber encontrado á su compañera, se guarece en el primer cuerpo que le depara la suerte; á la primera la coloca Dios, á la segunda la fatalidad. El alma que salió del cielo después que la tuya fué la mía: ha vagado errante por la superficie de la tierra sin encontrar á su hermana; pero cumpliendo la ley del gran legislador, llegó á reunirse con ella; ¿mas cuándo? Después de haber corrido y luchado tanto, que rendida por la fatiga, cae exánime, sin fuerzas para continuar el camino... Y vuelve al cielo, Luis, vuelve al cielo, de donde ojalá no hubiera salido.

— ¡No; no puede ser, Pola, no puede ser; tu alma no se apartará de la mía!..

— Allá... allá nos veremos.

— ¡No! ¡Aquí, aquí, Pola de mi vida, no me dejes, no me abandones, llévame contigo!..

Ocho días hacía que Luis no se apartaba de Pola.

Estaba ésta sentenciada á quedarse muerta como un pajarito, sin espasmos, sin contorsiones, sin agonia; la enferma asombraba á los médicos; no creían que pudiese vivir tanto. La calentura, que no había cedido un momento, desapareció; parecía más animada y no tenía fiebre; pero las fuerzas decayeron inmediatamente; los ojos se apagaban, se le afilaba la nariz, arañaba las sábanas con sus deditos descarnados y entreabría los labios que se iban oscureciendo con un borde fúnebre. De las extremidades de la enferma huía el calor, para refugiarse en su pecho, último baluarte de la vida, y el médico ordenó que se la frotase con Jerez ó con ron muy buenos.

— Se va, Luis, se va.

— ¿Quién, vida mía?

— Mi alma del lado de la tuya.

— ¡Pola! ¡Pola de mi vida, no me digas que te vas y que yo me quedo!

— Tú te quedas, sí, te quedas... para tu esposa, para tu hijo..., para los pobres..., para las hijas desgraciadas que en noches crudas te pidan pan para su madre... Todo lo que poseo es para la señora de Altuna, ¿sabes? También mi casita, continuó Pola con voz apagada, mi nido de venturas... Que viva aquí... Tú vendrás alguna vez..., alguna...

Ruido de voces que acaloradamente discutían en el recibimiento llegó hasta el lecho de la moribunda.

Era que Camila, fuera ya de sí, no pudiendo soportar por más tiempo lo que suponía ultraje nunca visto ni hecho á mujer alguna, se había decidido á despreciar las conveniencias sociales y se presentaba á sorprender á los amantes, acompañada del juez y testigos para entablar una demanda de divorcio.

La señora de Altuna se oponía á que entrase nadie en el dormitorio de la moribunda; pero Camila, inexorable, terrible en su odio contra *los infames*, insistió á pesar de oír que Pola estaba expirando.

La autoridad se impuso: cuando Luis, atraído por las voces y reconociendo la de su esposa, cruzaba el gabinete para salir á la sala, iba dispuesto á no consentir que Camila pasase adelante: la conocía bien y sabía que el despecho, sólo el despecho la condujera á casa de su prima.

Pero su sorpresa hubo de trocarse en espanto: la presencia de aquellos caballeros que acompañaban á Camila fué una herida más que su esposa le infería: un nuevo insulto al ángel que espiraba, un odioso atropello de aquella mujer sin corazón.

Al saber de lo que se trataba, le asaltaron impulsos de ahogar á su mujer; pero se contuvo mirándola con expresión de infinito desdén.

Pola quiso hacer un esfuerzo para incorporarse y la fué imposible. Oía, sin embargo, y lo comprendió todo. Era el último dolor que la fatalidad le deparaba antes de abandonar este valle de lágrimas.

— Señor Juez, dijo Luis con acento alterado, estoy al lado de un ángel moribundo, que sobre merecerme el cariño de la hija más amada, es prima carnal de mi esposa.

Si los ojos de Camila hubieran sido basiliscos pulverizarían á Luis en aquel instante.

— ¡Luis!.. ¡Camila!.., dijo Pola con voz apagada. Venid...

Luis corrió al lado de la moribunda. Camila quedó inmóvil; la voz que la llamaba no le pareció de la tierra, y el recuerdo de *Lucía*, cantada con gemidos celestiales por aquella niña expirante, pasó por su mente suavizando las asperezas de su situación.

— Señora, acérquese usted, le dijo el juez con acento imperioso. Su prima moribunda la ha llamado.

Maquinalmente dió Camila unos pasos y quedó á los pies de la cama con el rostro ceñudo por las violencias de su carácter y quizás pesarosa de su última y más grande imprudencia.

Pola se moría, se moría por segundos.

— ¡Luis, perdón para... mi prima!..

— ¡Pola de mi vida, calla; no pidas perdón para ella!

— ¡Camila!.. ¡Camila!, balbuceó Pola. ¡Perdóname tú!..

— ¿A tí? ¿A tí?, gritó Luis. ¡A tí, alma pura y sin mancha! ¡A tí, ángel entre las mujeres! ¡Ella! ¡Ella es la que ha de pedírtelo por esta nueva infamia que comete contigo!

Camila continuaba ceñuda mirando alternativamente á uno y á otro sin pronunciar palabra, pero abrasándose quizás por vez primera en celos grandísimos y nobles.

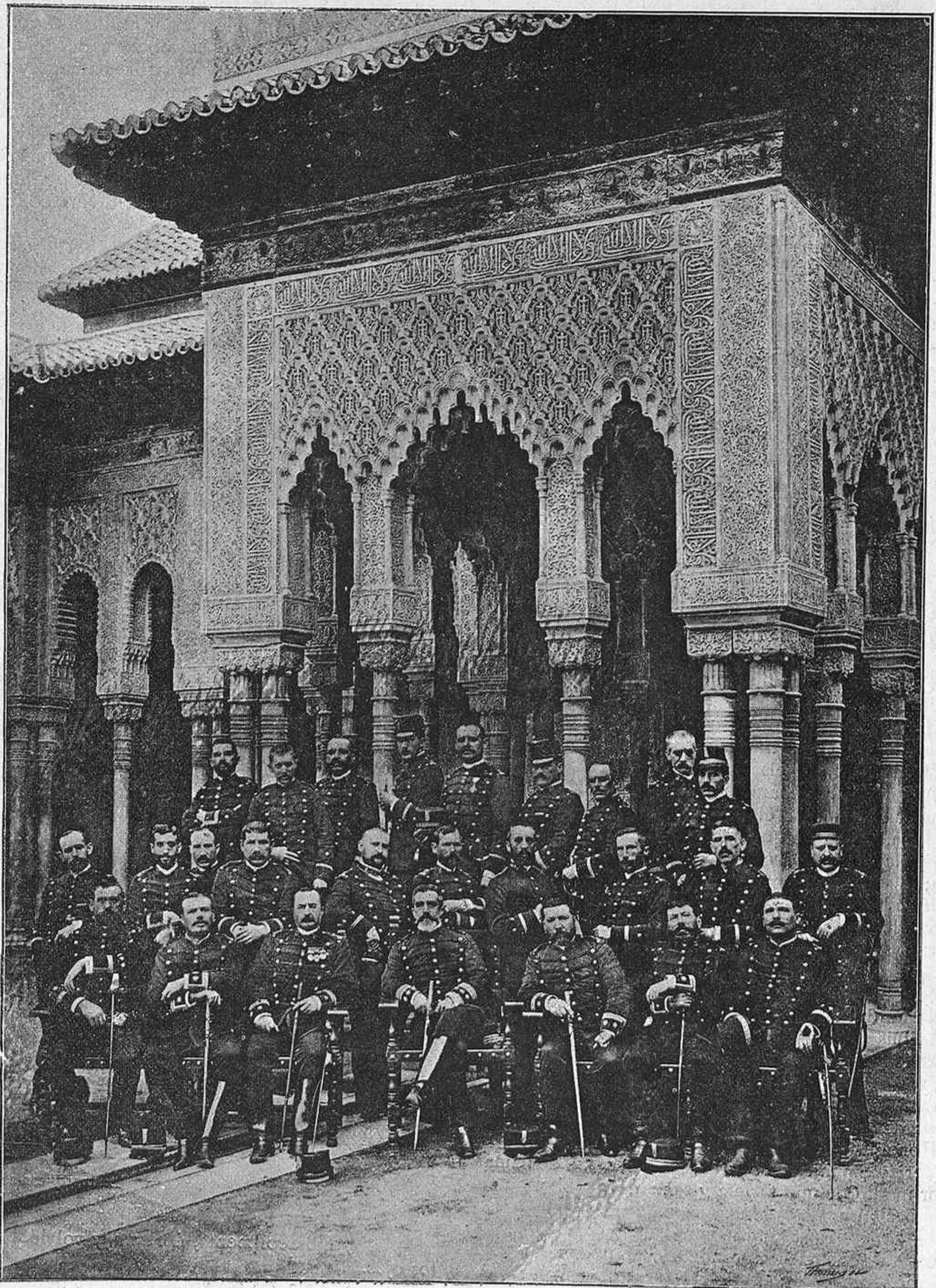
Ella jamás había visto á su marido tan amante, tan apasionado, tan loco, tan delirante; besaba la cabeza, las manos y el rostro de Pola, con transporte, con locura; debía amarla con pasión infinita, sobrenatural. Camila sintió envidia de Pola: ella, la mujer elegante y hermosa, llena de vida y rodeada de los placeres que la riqueza proporciona, envidiaba á la cantante moribunda, al esqueleto animado por un soplo de vida que se acababa, se acababa...

— ¡Luis... perdón... pa...ra ella!.. ¡No me ol... Camila... no me olvidéis!

Se oyó un grito horrible, un grito que arrancó otro de dolor á la garganta de la esposa humillada.

Era Luis que se abrazaba frenético y desesperado al cuerpo inmóvil de la Pola.

EVA CANEL



SRES. JEFES Y OFICIALES DEL REGIMIENTO DE INFANTERÍA DE TOLEDO NÚM. 35 Á SU SALIDA DE GRANADA PARA MELILLA (de fotografía de los Sres. Señán y González)



EL SERVICIO DE CORREOS EN CHINA

Ahora que el gobierno chino ha anunciado una reforma en el sistema postal del Imperio, creemos interesante dar sobre el sistema hasta hoy vigente algunos detalles que contiene una memoria del cónsul de los Estados Unidos en Fu-Cheú.

Empresas particulares han establecido desde hace mucho tiempo las comunicaciones postales entre las distintas provincias imperiales por medio de las *tien-das de cartas*: para este servicio no se emplea otro sello que el del dueño de la tienda. Los edictos del emperador y otros mensajes oficiales son transportados por corredores que andan hasta 250 millas diarias, y en los distritos en que se emplean caballos ó mulos cada jefe de estación ha de tener 10 ó 20 de éstos.

Este sistema, parecido al *Express delivery* ameri-

cano, además de cartas transmite pequeños paquetes y asegura contra las pérdidas, para lo cual el expedidor muestra el contenido de la carta ó paquete al dueño de la tienda, el cual lo registra, cierra y sella. Los gastos de transporte de los valores varía según la cuantía de éstos, y la tasa de las cartas según la distancia. El dueño de la tienda da un recibo al expedidor, siendo desde entonces responsable de la carta ó paquete. Como estas tiendas son de empresas particulares hay entre ellas gran competencia en beneficio del público. En algunas provincias los dos tercios del precio de transmisión los paga el remitente y el resto el destinatario. En Sang-Hai hay unas 200 tiendas de cartas, cuyos empleados recorren las casas en busca de clientes.

En el Norte de China, donde abundan los caballos, los portadores de cartas van montados: cada uno de éstos lleva de 70 á 80 libras de cartas y anda á

razón de cinco millas por hora, cambiando de caballo en cada estación hasta que llega al límite de su trayecto, en donde entrega su carga á otro mensajero y éste á su vez á otro y así sucesivamente. El servicio no se suspende por causa del mal tiempo. En los trayectos de poca importancia, en el centro y en el Sur de la China, los mensajeros van á pie; y para evitar que sean atacados por los ladrones de caminos, cada distrito paga una cantidad fija á éstos, quienes, en cambio, no sólo respetan á los mensajeros, sino que, además, impiden por todos los medios posibles que otros ladrones los ataquen.

En China hay dos clases de sellos: uno, introducido por Sir Roberto Hart, sólo se emplea en las aduanas chinas; el otro es un sello local, empleado en Shang-Hai por una compañía extranjera.

(De la *Revue Française*)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, Paris.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL**  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DE LABARRE

**PUREZA DEL CUTIS**  
 — LAIT ANTÉPÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEPÉLICA**  
 para ó mezclada con agua, disipa  
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
 ARRUGAS PRECOSES  
 EFLORESCENCIAS  
 ROJECES  
 y conserva el cutis limpio y terso  
 GARNIER et Co. 85, Boulevard, 16

**MEDICACION TÓNICA**  
**PILDORAS Y JARABE**  
 DE  
**BLANCARD**  
 Con ioduro de Hierro inalterable  
**ANEMIA**  
**COLORES PÁLIDOS**  
**RAQUITISMO**  
**ESCRÓFULOS**  
**TUMORES BLANCOS**  
 etc., etc.  
 Exijase la firma y el sello de garantía.  
**PARIS**  
 40, rue Bonaparte, 40

**PAPEL WLINSI**  
 Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
 Depósito en todas las Farmacias  
**PARIS, 31, Rue de Seine.**

**APIOL**  
 de los D<sup>tes</sup> JORET & HOMOLLE  
 El APIOL cura los dolores, retrasos, supresiones de las Epocas, así como las pérdidas. Pero con frecuencia es falsificado. El APIOL verdadero, único eficaz, es el de los inventores, los D<sup>tes</sup> JORET y HOMOLLE.  
 MEDALLAS Exp<sup>ta</sup> Univ<sup>ta</sup> LONDRES 1862 - PARIS 1889  
 Far<sup>ca</sup> BRIANT, 150, rue de Rivoli, PARIS

**Jarabe de Digital de LABELONYE** contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.  
 Empleado con el mejor éxito  
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.  
**Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.  
**Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN** HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.  
 Medalla de Oro de la S<sup>ta</sup> de F<sup>ia</sup> de Paris  
**LABELONYE y C<sup>ia</sup>, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.**

**ELIXIR DE PROTOCLORURO DE HIERRO CON HIPOFOSFITOS**  
 DE VIVAS PEREZ



La medicación más poderosa que puede emplearse en la curación de las afecciones CLORÓTICAS, ESCROFULOSAS y TUBERCULOSAS (colores pálidos, tumores fríos, menstruaciones difíciles, pérdidas blancas) ANEMIA.

El mejor fortificante para los temperamentos linfáticos, débiles y empobrecidos.

De venta en todas las farmacias del mundo.

Depósito general: Almería, Farmacia de VIVAS PEREZ

**CARNE y QUINA**  
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.  
**VINO AROUD con QUINA**  
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE  
**CARNE y QUINA** son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fertilizante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al *Vino de Quina de Aroud*.  
 Por mayor. en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.  
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.  
 EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

**LICOR LAVILLE GOTA REUMATISMOS**  
 del Dr.  
 Especifico probado de la GOTA y REUMATISMOS, calma los dolores los mas fuertes. Accion pronta y segura en todos los periodos del acceso.  
 F. COMAR é HIJO, 28, Rue Saint-Claude, PARIS  
 VENTA POR MENOR. — EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**VELOUTINE FAY** POLVO DE ARROZ EXTRA  
 preparado con bismuto  
 por Ch. Fay, perfumista  
 9, Rue de la Paix, PARIS  
 El mejor y mas célebre polvo de tocador



LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION  
POR AUTORES Ó EDITORES

LA ESPAÑA MODERNA. — El último número de esta importante revista publica notables originales de Barbey d' Aureville, Daudet, Banville, Richepin, Caro, Sainte Beuve, E. de la Barra, Tarde, Taine, Musset, Castelar y Villegas. — Dirección y Administración, Cuesta de Santo Domingo, núm. 16, principal. Madrid.

ESTUDIOS DE HIGIENE GENERAL. — Contiene este libro interesantes trabajos de los célebres médicos Hirsch, Koch y Wurzburg, de Berlín, y Stokvis, de Amsterdam, compilados y traducidos por F. Murillo Palacios, miembro efectivo de la Sociedad Quirúrgica alemana. La importancia de las materias justificase sólo con el título, y los nombres citados son la mejor garantía de la competencia con que están tratadas. — Véndese á 3 pesetas el ejemplar en las principales librerías.

LAS INSTITUCIONES ECLESIASTICAS, por Herbert Spencer. — Es ésta una de las más importantes obras del autor de *La Justicia*, y aunque todo el libro es de gran trascendencia social, sobresalen en él los capítulos referentes á la idea religiosa, al sacerdocio, á las jerarquías eclesiásticas, á la Iglesia y el Estado, á la influencia moral de los sacerdotes, al pasado y porvenir de las instituciones eclesiásticas y al pasado y porvenir de la religión. Este libro, que está traducido por el catedrático de la Universidad de Oviedo señor Posada, se vende en las principales librerías al precio de 6 pesetas.

MARRUECOS, por Manuel Olivé. — Pocos libros habrá de tanta actualidad como éste, que formando parte de la colección *Aspiraciones nacionales de España*, ha publicado el Sr. Olivé, de algunas de cuyas obras nos hemos ocupado otras veces con el elogio que se merecen. La falta de espacio nos impide hacer un juicio de *Marruecos* y nos obliga á indicar simple-



EL NIÑO RAUL FAUSTO CAPABLANCA, notable ajedrecista (de fotografía)

mente las materias de que trata: son éstas El Mogreb-el-Aská (noticias geográficas y etnográficas sobre Marruecos), el islamismo, las instituciones sociales que consagra el islamismo, la tiranía y la anarquía en Marruecos, y Marruecos ante Europa. Todos estos puntos están tratados con gran conocimiento de causa y elevado criterio, sobre todo el último, en que se estudia en todos sus aspectos nuestra misión en el Norte de Africa. Este libro, al que acompaña un mapa de España, del imperio marroquí y de Melilla y su campo, ha sido impreso por la casa Henrich y C.<sup>a</sup>, de esta ciudad, y se vende á 4 pesetas.

LOS FUSILES MODERNOS EN AUSTRIA-HUNGRÍA, por D. José Boado y Castro. — Al punto á que han llegado las cosas con el estado de paz armada en que Europa se encuentra, es de grandísima utilidad el libro que nos ocupa. Austria ha dado uno de los pasos más importantes en las cuestiones de armamento de repetición, y el estudio del Sr. Boado es de lo más completo é interesante que pueda desearse, despreciándose de él provechosas enseñanzas merecedoras de que sean utilizadas en nuestra patria á fin de que no nos veamos en la precisión de recurrir al extranjero, contando como contamos con elementos que bien aprovechados bastarían para satisfacer todas las necesidades nacionales. Los apéndices que lleva la obra sobre fusiles y carabinas de cuartel, pólvora sin humo y municionamiento, son importante complemento del libro, que interesa, no sólo al militar y al armero, sino que también á las personas ajenas á la milicia. La obra tiene abundantes grabados intercalados en el texto y cinco láminas en colores y se vende en las principales librerías á 6'50 pesetas.

OBRAS DE FRAY VICENTE SOLANO. — Se ha publicado el tomo segundo de las obras del notable filósofo de la orden de menores en la república del Ecuador. Fray Vicente Solano: contiene notables estudios sobre física é historia natural y sobre política nacional y extranjera, varios escritos literarios (prosa y poesía) y algunos artículos de polémica religiosa, política y literaria. El libro ha sido impreso en el establecimiento tipográfico de *La Hormiga de Oro*, en esta ciudad.

**Jarabe Laroze**  
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE  
al **Bromuro de Potasio**  
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C<sup>te</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.  
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

**GARGANTA**  
VOZ y BOCA  
**PASTILLAS DE DETHAN**

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio . 12 Reales.

Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D<sup>r</sup> FRANK**

Querido enfermo. — Fíese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS DE SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. — Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

**JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT**

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias

El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de abaloes, conviene, sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES DEL PECHO y de los INTESTINOS.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL D<sup>r</sup> DEHAUT** DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**

**Pepsina Boudault**

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D<sup>r</sup> CORVISART, EN 1856

Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 - 1872 - 1873 - 1876 - 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION BAJO LA FORMA DE ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. . . de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

**CARNE, HIERRO y QUINA**  
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

**VINO FERRUGINOSO AROUD**  
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El Vino Ferruginoso de Aroud es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y descolorida: el Vigor, la Coloracion y la Energia vital.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.  
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXJASE el nombre y la firma **AROUD**

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**  
PASTILLAS y POLVOS  
**PATERSON**

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GRANO DE LINO TARIN en todas las FARMACIAS ESTREÑIMIENTOS, CÓLICOS. — La caja: 1 fr. 30.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN